-1 FEB 1923

La Pluma

AÑO IV NÚM. 32

MUSEO PEDAGÓGICO BIBLIOTECA MADRID

VALLE-INCLÁN

POR E. GÓMEZ DE BAQUERO, E. DÍEZ-CANEDO, RAMÓN PÉREZ DE AYALA, ANTONIO MACHADO, ALFONSO REYES, RAMÓN MARÍA TENREIRO, C. RIVAS CHERIF, MANUEL BUENO, RICARDO BAROJA, CORPUS BARGA, J. MOYA DEL PINO, JEAN CASSOU, FRANCIS DE MIOMANDRE, JORGE GUILLÉN, RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA, MANUEL AZAÑA.

RETRATO DE VALLE-INCLÁN, POR JUAN ECHEVARRÍA. DIBUJOS DE MOYA DEL PINO Y VIVANCO.

MADRID
ENERO
1923

(c) Ministerio de Cultura 2006

PUBLICACIONES CALPE

OBRAS DE

JOSÉ ORTEGA GASSET

ESPAÑA INVERTEBRADA (Bosquejo de algunos pensamientos históricos). Segunda edición, revisada y aumentada. **Un volumen, 5 pesetas; en tela, 7,50 pesetas.**

EL ESPECTADOR (Colección de ensayos filosóficos y literarios.)

	Pesetas.
EL ESPECTADOR. Núm. I. 1916; 2.ª edición	5

Contenido: Verdad y perspectiva.--Nada «moderno» y muy siglo XX.—Leyendo el «Adolfo», libro de amor.—Estética en el tranvía.—Tierras de Castilla.—Tres cuadros del vino.—Ideas sobre Pío Baroja.—El genio de la guerra y la guerra alemana. I.

EL ESPECTADOR. Núm. II. 1917; 2.ª edición	5

Contenido: Democracia morbosa.—Para la cultura del amor.—Muerte y resurrección.—«Azorín»: Primores de lo vulgar.—El genio de la guerra y la guerra alemana. II.

EL ESPECTADOR. Núm. III. 1921	5

Contenido: Sobre Anatole France.—Musicalia.—De Madrid a Asturias o los dos paisajes.—Biología y Pedagogía o el «Quijote» en la escuela.—Meditación del marco.

Encuadernados en tela, 7,50 pesetas tomo.

PERSONAS, OBRAS, COSAS... **Un volumen, 6 pesetas; en tela, 8,50 pesetas.**

MEDITACIONES DEL QUIJOTE (Tercera edición) **Un volumen. Precio, 5 pesetas; en tela, 7,50.**

CATÁLOGOS GRATIS

Ríos Rosas, 24 CALPE Madrid

APARTADO 547

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA PLUMA

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

«La pluma es la que asegura castillos, coronas, reyes y la que sustenta leyes.»

(c) Ministerio de Cultura 2006

R- 2438

4
352

La Pluma

VOLUMEN SEXTO

ATENEO DE MADRID BIBLIOTECA

MADRID

1923

(c) Ministerio de Cultura 2006

TIRADA ESPECIAL DE ESTE NÚMERO: CINCUENTA EJEMPLARES
EN PAPEL DE HILO, REIMPUESTOS, NUMERADOS DE 1 A 50.

CARMEN

IMPRENTA ARTÍSTICA DE SÁEZ HERMANOS.
NORTE, 21. MADRID. TELÉFONO 17-65 J.

(c) Ministerio de Cultura 2006

La Pluma

AÑO IV. | MADRID, ENERO 1923 | NÚM. 32.

DEDICATORIA

En el camino por donde va nuestra Revista, este número en homenaje del gran escritor, es el primer descanso a que llegamos. Saliendo al margen de la ruta, depuesta momentáneamente la carga de todos los días, hablaremos entre amigos de las nobles cosas acabadas por otro, que nos precede, y alzaremos en su honor una estela, un trofeo. Esto no es evocar una sombra, avivar una fama, ni extenderle al poeta la cédula de jubilación; entre nosotros vive: comprobamos la fluencia de su virtud; lejos de remedar a la posteridad, nos agrupamos en torno de una obra todavía inconclusa, donde no pocos delirios de esta edad nos brindan, en su transposición poética, con amables, risueñas imágenes de nuestra vida. El poeta ha visto en el zenit el mismo sol que alcanzamos a ver cayendo hacia el ocaso. Pero es más nuestro coetáneo por ciertos sentires descubiertos en nosotros, que él reviste de expresión cabal. El soñador amado avanzará, siempre actual, por

(c) Ministerio de Cultura 2006

la carrera del tiempo, llevándose esas almas, ébrias de irreales grandezas, de misterios prestigiosos, presas en la red de sus ensueños. Quien desde ahora discurre por la obra del poeta, vaga en la robusta selva, prometida a una duración de siglos, que nos envuelve en el sosiego de sus sombras y pone olvido de las cosas triviales. Hablar del poeta nos trae el regocijo, la serena certidumbre de quien trata en valores eternos.

Corona jubilar o ágape de despedida, LA PLUMA habría solicitado para este número un tributo de todos los autores españoles de renombre. Diez cuadernos de la Revista no hubieran bastado en ese caso. Hemos optado por reducir el concurso ajeno al rigor de nuestro propósito: aparte de los que habitualmente redactan LA PLUMA, buscar en tres generaciones de escritores los testimonios precisos para que ningún aspecto de la obra de Valle-Inclán, ni de su excepcional figura, quédase relegado—y añadir las notas plásticas que algunos artistas admirables, amigos de don Ramón, nos han ofrecido. Situarle en la perspectiva de la literatura militante de nuestro tiempo, ver su obra por reflejo en otras mentes, establecer un repertorio de observaciones y de noticias en torno de su persona y de sus escritos. Y como nos ofrece un ejemplo notable, honrar la vocación literaria pura y la altivez en el gobierno de su vida...

Tal es, maestro, el ánimo que ponemos en este homenaje.

(c) Ministerio de Cultura 2006

VALLE-INCLÁN, NOVELISTA

I

DON Ramón del Valle-Inclán es novelista, poeta lírico, autor dramático. El caso del artista literario que se confina en un solo género es muy raro, y lo es, no sólo por los tanteos que ejecuta la vocación antes de fijarse, sino también porque los géneros no están separados por barreras precisas, difíciles de traspasar, sino que se enlazan entre sí por una cadena de formas intermedias. Los géneros no son, en absoluto, una invención de los retóricos, pero son *universales*, y, por tanto, generalizaciones o abstracciones de los caracteres comunes de obras individuales. Hay en su concepto mucha parte de artificio de clasificación, de que se vale el historiador de las letras para ordenar la multitud de los hechos literarios. Así las mayores diferencias entre los géneros son de técnica y de procedimiento. Los dos géneros de poesía lírica y épica se distinguieron en Grecia por el instrumento que acompañaba la recitación o canto del verso y hoy lo distintivo de la dramática está marcado por la representación.

Toda la literatura es una interpretación estética por medio de palabras, del hombre, la naturaleza y Dios (si el artista admite lo sobre-

(c) Ministerio de Cultura 2006

natural). En esta interpretación no hay más que dos actitudes, la del artista que se entrega al objeto y se convierte en claro espejo de él y la del artista que se imprime a sí mismo en el objeto y lo impregna de su propia personalidad; actitudes épica y lírica, objetiva y subjetiva, de las cuales se ofrecen en las obras mil matices y combinaciones, pues no se dan puras.

Pero si es raro el caso del escritor de un sólo género, más raro todavía, si existe, es el del escritor repartido con igualdad entre varios géneros. Aparte de que su temperamento ha de conducirle a una de esas dos actitudes estéticas fundamentales, hay también una afinidad electiva hacia las formas y los procedimientos de los géneros. Se es por inclinación poeta lírico, dramaturgo o novelista, y cuando se es de veras, por íntima elección o vocación, se sigue siendo tal, hasta cuando se cultiva otro género. Mas como la literatura no se escribe en un Olimpo, alejado de la esfera práctica, sino que la Estética anda mezclada con la Economía y la Ética, estas elecciones individuales están modificadas y a veces desviadas por las modas y predominios de los géneros. Hoy escriben novelas y comedias muchos que no son novelistas ni autores dramáticos, aunque sean literatos, por ser dichos géneros los que encuentran mayor aceptación.

II

Valle-Inclán me parece que es principalmente novelista. Me fundo en que las novelas forman lo más copioso de su producción; en que las más perfectas de sus obras son novelas y en que en sus novelas se funden y compendian los demás elementos de su arte, de manera que son la expresión más rica, más compleja y total de la estética y la inspiración del autor. Que posee también grandes dotes líricas y vocación dramática lo demuestran sus mismas novelas, en

(c) Ministerio de Cultura 2006

las que entran elementos líricos y que propenden a la forma dialogada, a la que llamó Moratín novela dramática, que es la forma clásica de la *Celestina*.

Se suele señalar el estilo como la excelencia característica de Valle-Inclán. Es la característica de todo gran escritor, pues un gran literato sin estilo no se concibe; es una hipótesis que envuelve contradicción. Mas esto del estilo hay que precisarlo. No es sólo estilista Valle-Inclán por escribir en muy elegante y pulida prosa castellana, a la vez clásica y moderna. Su estilo no es sólo retórico, sino que llega a capas más hondas y a maneras más íntimas de la expresión. Por eso, en vez de estilo, diría yo estilización, aunque el vocablo sea menos puro y tenga algo de bárbaro y advenedizo. Son dos aspectos o dos momentos de la misma cosa. El estilo es la cualidad, la estilización, la obra. El estilo es la expresión y, por tanto, el gran instrumento estético, puesto que la Estética, según Croce, es la ciencia y el arte de la expresión. La estilización es también la expresión, pero lograda, sacando de las cosas todo su oculto tesoro, todo el carácter y sentido que encierran. Estilizar una cosa es tanto como exprimirla para que dé todo su sabor y jugo estético. Son, pues, como la potencia y el acto, estilo y estilización, y he marcado este matiz porque en el uso corriente el estilo se ha hecho un vocablo algo equívoco, que para muchos significa escribir bien, aunque se expresen lugares comunes o fruslerías. Concebido así, es la potencia operando en el vacío o sobre míseros materiales. En estos casos no se logra la estilización. Los lugares comunes no pueden exprimirse porque carecen de jugo. Pues bien, en Valle-Inclán, y singularmente en sus novelas, no hay sólo primor lingüístico, sino evocación y emoción, imágenes llenas de realidad y envueltas en una atmósfera cordial que provoca la simpatía, que es el secreto del arte, por cuanto consiste éste fundamentalmente en comunicar nuestras emociones.

(c) Ministerio de Cultura 2006

III

Una cualidad que enaltece y distingue a Valle-Inclán es la renovación. Empleando la antigua fraseología del hegelianismo, diríamos que es un autor en *devenir*, en movimiento, que no se ha parado en una forma. Es muy frecuente que los artistas se encierren en una manera o en un tipo artístico y lleguen a estar envueltos y prisioneros allí como en un caparazón de crustáceo. En las novelas de Valle-Inclán, por el contrario, observamos una serie de formas que se suceden como por una evolución y crecimiento. Tiene por esto la mejor clase de fecundidad, pues de fecundidad hay dos especies: la del número y la de las formas y cualidades. La fecundidad material vale poco si no va acompañada de calidad. Hay muchos malos escritores extremadamente fecundos. Los grafómanos son legión. Nadie que tenga gusto preferirá a Ohnet sobre Flaubert.

En la obra novelesca de Valle-Inclán se pueden señalar tres partes o momentos. Los he comparado en otra ocasión a las tres hojas de un tríptico literario. No son en realidad maneras diferentes que acusen cambios de orientación en el artista, sino desenvolvimientos y enriquecimientos que van haciendo más compleja la expresión e incorporándola nuevas aportaciones. Entre una y otra hay transiciones, y todas forman un conjunto vario, pero consecuente.

En la primera parte están las *Sonatas*. El personaje central de esta hoja del tríptico es el Marqués de Bradomín. Son obra de juventud, hora de lirismo, hora también en que la personalidad del autor está más impregnada de las influencias literarias, de la inclinación hacia los autores favoritos. Había ya en la traza de la atractiva figura del héroe una potente originalidad, pues lo original no consiste en los accidentes, sino en la sustancia, en la concepción de la obra y en la interpretación del hombre, de la sociedad y del mun-

(c) Ministerio de Cultura 2006

do que ella nos ofrece. El Marqués de Bradomín es un Don Juan dieciochesco, uno de los avatares más distinguidos de esa figura de difusión universal y de tan varios destinos, que, nacida en un drama teológico, ha venido a triunfar como representante de una cosa tan poco teológica como el polo sexual y el genio de la especie y está acabando en interpretaciones metafísicas, aunque sean de metafísica del amor.

Los rasgos de Bradomín no son sólo donjuanescos. Hay en él otros rasgos significativos. Es católico y un poco volteriano. Es tradicionalista y ama la tradición por ser cosa pasada. El carlismo le gusta como una catedral gótica y a condición de que no triunfe, en lo cual se revela el instinto estético de este personaje, pues comprende que nada poetiza y depura tanto las cosas como la lejanía de lo pasado, donde va quedando lo más puro y amable de su imagen, dorado por una luz suave de recuerdo que favorece mucho más que la cruda luz iluminadora de las cosas próximas y presentes. Al hacer pasar a su Bradomín por las estaciones de la vida, cada una de las cuales canta su sonata sentimental, el Don Juan de Valle-Inclán se adelantó a otros Don Juanes que luego han andado por Europa.

IV

De Bradomín se pasa por las novelas dramáticas de los Montenegros, Aguilas de Blasón y Lobos de Romances, en los que subsiste la fiereza feudal de los señores gallegos, a quienes sujetó la Reina Católica, a las novelas de la guerra carlista, que son lo mejor y más saliente de la segunda hoja del tríptico o de la segunda parte de la obra novelesca de Valle-Inclán.

La guerra carlista es asunto que ha tentado a grandes novelistas

(c) Ministerio de Cultura 2006

españoles: Galdós en sus *Episodios*, Baroja en sus *Memorias de un hombre de acción*, que son episodios nacionales también; Unamuno en *Paz en la guerra*, han evocado escenas y personajes de aquella contienda, en la cual, debajo de la disputa dinástica, que era la superficie, había tantas cosas en pugna, lucha del campo con la ciudad, del localismo con una concepción más amplia del Estado, del individualismo contra la abstracción de un Gobierno de leyes, que eso presume ser el régimen moderno, aunque a veces sea harto personal; de la tradición contra la novedad, de la aristocracia vieja contra los nuevos señores de la clase media.

Las novelas de la guerra carlista de Valle-Inclán no se parecen a las otras. Están construídas con una sencillez clásica. Un breve episodio en torno del cual gira la acción, tiene virtud expresiva para que en él veamos no sólo el hecho particular, sino el ambiente y el carácter de la época. Sin que se pierda la seducción poemática de las *Sonatas*, hay en estas novelas una poderosa irrupción de vida, de realidad, de objetivismo, de historia viviente. Son las más acabadas y armoniosas obras de Valle-Inclán y las mejores que se han escrito acerca de su asunto. Así como la composición es clásica por la claridad, la proporción de partes y la sobriedad que omite todo lo superfluo, es clásico también su estilo literario. El castellano adquiere en estas páginas una armoniosa sonoridad latina, de romance convertido en *sermo nobilis*, donde cada palabra concurre al ritmo y al significado.

En las novelas de los hidalgos gallegos y en las de la guerra civil ha entrado en la galería novelesca de Valle-Inclán el pueblo, una multitud pintoresca, bulliciosa, llena de vida, de espontaneidad y de color, cuyas figuras, principalmente las de los aldeanos y los mendigos de Galicia, con su intenso realismo, se elevan en valor estético al nivel de las de los caballeros y los caudillos y son ciertamente de

(c) Ministerio de Cultura 2006

más difícil estilización, porque la sustancia estética está más honda, soterrada bajo una capa de vulgaridad.

Esta muchedumbre se sale de las novelas aludidas, quiere un lienzo para ella sola y lo consigue en *Divinas palabras*, que es como una novela picaresca de tierras de Galicia, de sus romerías y de sus caminos, novela de mendigos, saltimbanquis, brujos y aventureros, escrita y concebida, no con la visión satírica propia de la antigua picaresca, sino con emoción y espíritu de poema.

Divinas palabras, la novela de la Galicia andariega y errante de las carreteras y las ferias, inicia otro grupo novelesco, una tercera parte. Está ya en la tercera hoja del tríptico, donde aparecen las más recientes, las más extrañas y las más arriesgadas obras de Valle-Inclán, bautizadas por él con el nombre de *Esperpentos*. No todos son novelas. Hay desenfadados y aun descarados poemas satíricos de corte aretinesco, como la *Farsa y licencia de la reina castiza*, pero hay una novela dramática, *Luces de Bohemia*, algunas de cuyas escenas son de lo más conmovedor que ha escrito Valle-Inclán.

Prodigios de estilización y de valentía ante lo más repulsivo y peligroso del natural, hace el novelista poeta en estos *Esperpentos*. Parece desafiar a lo feo y a lo plebeyo, a lo soez de las escenas lupanarias y tabernarias, domarlo y reducirlo a la servidumbre estética y sacar de estos viles materiales un misterioso e ignorado estímulo de emoción. El realismo castellano no ha ido más lejos desde *La Celestina*.

Luces de Bohemia es nuestra mejor novela de bohemios. La escena entre el ministro y el poeta ciego, hampón en quien se descubre una genialidad frustrada, y la de la muerte del bohemio son páginas de una emoción desgarradora y penetrante. El cuadro madrileño en que se mueven las figuras principales, bajos fondos sociales, ex hombres como los de Gorki, pero españoles y pintados con los colores

(c) Ministerio de Cultura 2006

jugosos y abundantes de la paleta española, ofrecen una mezcla atrevida de cómico y de trágico, de dolor y vicio, de desgarro chulesco y de ingenuidad de lo natural que requiere un esfuerzo extraordinario de estilización y aciertos raros de expresión para que lo atrayente venza a lo repulsivo. El artista, en estos cuadros, está bordeando continuamente el peligro. Hace un alarde como el del funámbulo que camina sobre el alambre tenso.

Hay en estas tres partes o grupos de novelas una progresión y enriquecimiento de valores de asunto y de expresión. Primero, la concepción poética de un personaje; después, el objetivismo y la realidad de la pintura social e histórica; por último, el movimiento y acción de la novela dramática, colocada en la frontera indecisa entre novela y teatro y que añade al realismo de su objeto el de la expresión. Valle-Inclán ha caminado desde el idealismo y el lirismo a la realidad. La ha impregnado de sabor romántico sin desfigurarla. En la novela española contemporánea no se parece a nadie. En lo específico del novelista y en la extensión de la obra hay sin duda quien le supera pero en el conjunto de cualidades literarias no le gana nadie y al presente no hay quien le iguale.

E. Gómez de Baquero.

(c) Ministerio de Cultura 2006

VALLE-INCLÁN, LÍRICO

I

DESDE que Valle-Inclán publicó su libro inicial *Femeninas*, en 1895, hasta que da sus primeros versos, pasan doce años. *Aromas de leyenda* es de 1907. De esos doce años son las *Sonatas*, todas las novelas y cuentos menores, la primer «comedia bárbara». Casi la mitad de su obra está hecha; su personalidad, plenamente definida.

Pasaba, con toda su labor narrativa, por uno de los prosistas esenciales del tiempo. Sin embargo, así que se anunció su nuevo rumbo, se le vió a su verdadera luz: un poeta.

II

Todo se explica con esta palabra. Nada más despoetizado, en la literatura cursiva de hoy, que el teatro, si no es la novela. Teatro y novela, cuando se levantan del medio nivel, empiezan a ser poesía. Cuando no, son cámaras sin luz natural. Aunque en ellas ardan mil faroles y antorchas les falta holgura, se les ha enrarecido al aire. Un novelista, un dramático tienen que «justificar» demasiadas cosas, es-

(c) Ministerio de Cultura 2006

forzarse en hacer posible lo que desde el primer momento se sabe que es ficción, revelar en la vida inventada lo que la vida verdadera suele esconder. Un trabajo más que de Hércules: explicar la vida. El poeta, sólo, acepta la vida en toda su inexplicable grandeza.

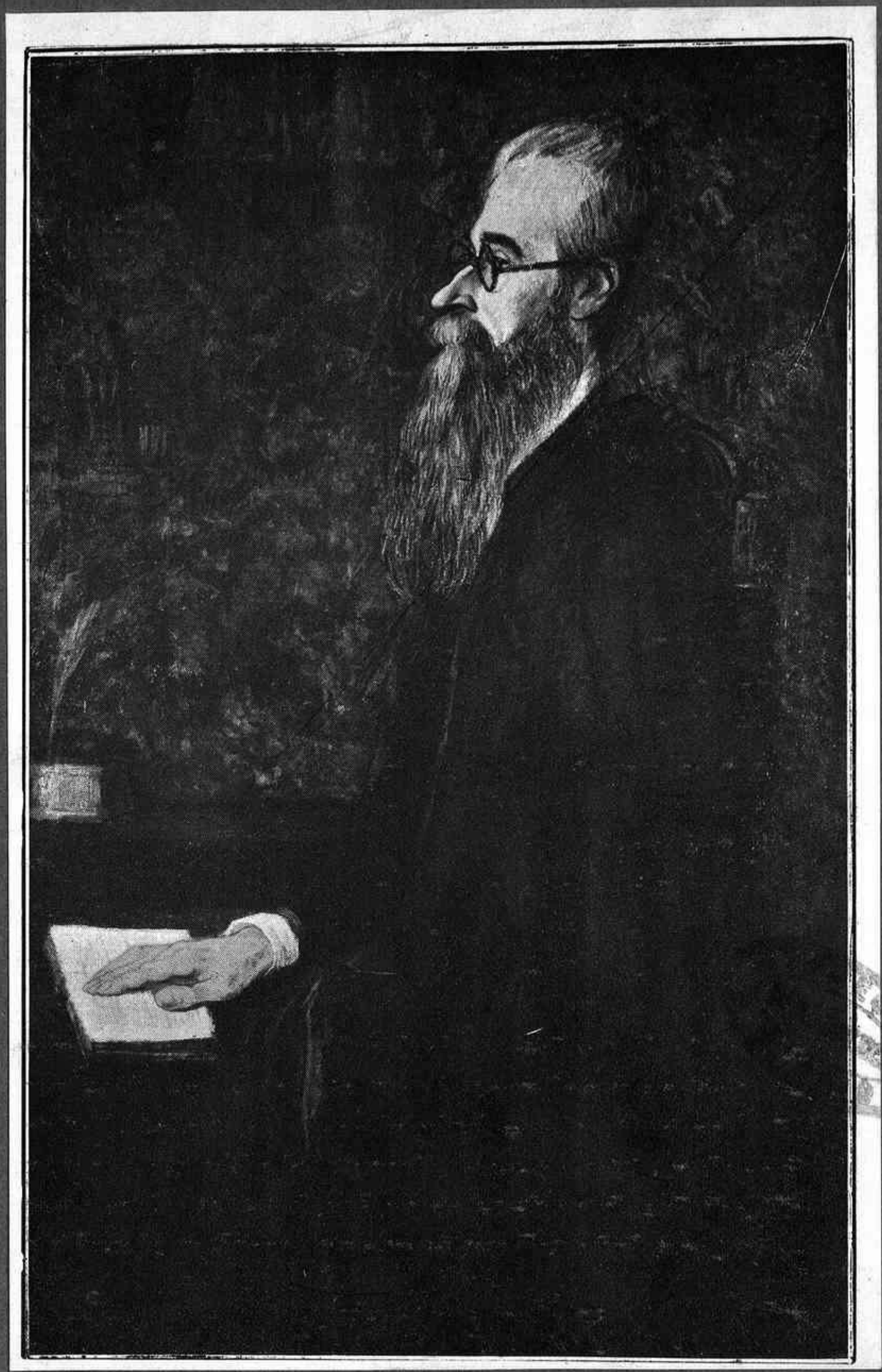
III

Valle-Inclán—se dice—no es un escritor en quien se refleje la vida de su tiempo. Cierto: no explica cómo está confeccionado el traje de una dama, ni describe una fiesta de sociedad, ni dice cómo es un mueble de lujo; tampoco se detiene a medir las fuerzas del trabajo, ni a lamentarse con los oprimidos, ni a amenazar a los fuertes. El tiempo en sus libros no suele contenerse tan fielmente como en los románticos; recuérdese a Alfredo de Musset, en sus novelas: «En febrero de 1580...», «Era, si no recuerdo mal, en 1825...», «Por los últimos años de la Restauración...» En Valle-Inclán el tiempo se indica vagamente o no se indica en absoluto; pero aun en este último caso, sus personajes aparecen tan bien plantados en él como el Pablillos velazqueño en su fondo perdido. Con el lugar, le sucede otro tanto. Si recordamos uno de sus paisajes lo recordamos indefectiblemente unido a una situación, a un alma. Esa vaguedad, esa totalidad de impresión no son otra cosa que poesía.

IV

No tenemos, de fijo, por lo más importante que Valle-Inclán haya impreso los tres tomos puramente líricos: *Aromas de leyenda* (1907), *La pipa de Kif* (1919), *El Pasajero* (1920). Son sus «Parerga y Paralipómena». Ciertamente, por sí solos tienen indudable valor. Pero hay que leerlos situándolos en la obra, dándoles su puesto en la serie: *Aromas de leyenda* después de *Flor de santidad; La pipa de Kif* con

(c) Ministerio de Cultura 2006



Retrato de Valle-Inclán, por Juan Echevarría.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(C) Ministerio de Cultura 2006

los «esperpentos»; *El Pasajero* al margen de *La lampara maravillosa*. El subtítulo del *Pasajero*, «claves líricas», conviene a la colección completa de los versos de Valle-Inclán. En todos hay, no una alusión, pero sí una resonancia íntima de las obras mayores.

El primer libro canta en versos sencillos, entonados como los de la lírica primitiva, espolvoreados de cantarcillos gallegos, como un dulce monjil con azúcar bien cernida, trovas ingenuas «en loor de un santo ermitaño». Praderías verdes, rústicos pastores y rebaños de égloga van ordenándose alrededor de las ascéticas figuras con la gracia tosca de un nacimiento. En el segundo la realidad asume su máscara grotesca, estilizando en mueca su gesto de horror. En el tercero la idea se sutiliza; el recuerdo íntimo o la visión fugaz toman cuerpo en palabras que son, más que una representación formal, un signo algebraico.

V

Elemento importantísimo en la poesía de Valle-Inclán es la rima. Su arte métrico, en términos generales, viene de la reforma asentada en el verso español por Rubén Darío; aspectos especiales de ella la aproximan a la de Guerra Junqueiro, en *Os simples*. Pero ninguno de estos poetas concede a la rima el valor que le asigna el nuestro. Valle-Inclán habla de Banville y de su «punto de extravagancia».

La rima perfecta, el consonante escogido, le sirven a Valle-Inclán para dar timbre y color a su poesía, para iluminarla o ensombrecerla. De todos nuestros poetas, él solo sabe hasta qué punto el consonante merece ser atendido. Los derroteros de la poesía nueva lo suelen marcar como una sirte. No falta quien lo considere como una transacción: dar al vulgo lo que es del vulgo. Nuestro poeta, no. Usándolo siempre—raras veces emplea el asonante y en verso suelto sólo recordamos de él una breve composición no recogida en volu-

(c) Ministerio de Cultura 2006

men—, lo somete a la ley que le dicta la poesía; y así aparece, en los *Aromas*, claro como tinta de miniatura; en el *Pasajero*, es moderado auxiliar del ritmo; en la *Pipa* es rey y juglar a un mismo tiempo. Sabe arreglar la economía de una composición y dar a punto la voltereta.

VI

Sobre todo, en la poesía de Valle-Inclán, hay una cosa: no es poesía de superficie. Detrás de cada evocación poética suya siempre se esconde algo. Las palabras no agotan la sensación. Nadie se parará en la imagen que evocan, porque esa imagen trae consigo, como un cortejo inefable, una teoría de sugestiones.

Esto y su tendencia a unir en un verso cualidades que son, en sentido absoluto, privativas de otras artes, modulándolo, modelándolo y matizándolo, le convierten de lleno en uno de los más sutiles representantes del simbolismo, más que el propio Rubén Darío, porque lo es de manera más constante. Y el simbolismo no se confina, con Valle-Inclán, en la nostalgia del misterio, sino que, a ratos, despliega un doblez de humorismo, como en una catedral gótica bajo las espirituales agujas erguidas que apuntan al cielo, aparece de pronto la geta de una gárgola.

E. Díez-Canedo.

(c) Ministerio de Cultura 2006

VALLE-INCLÁN, DRAMATURGO

¿Es Valle-Inclán un dramaturgo?

Valle-Inclán ha escrito, para el teatro: una tragedia, «Voces de Gesta»; una farsa, «La Marquesa Rosalinda»; un drama poético, «Cuento de Abril»; una comedia infantil, «La cabeza del Dragón». Se advierte que el autor se propuso arquetipos. Entre las cuatro líneas de este rectángulo cabe acotar la superficie del arte dramático.

Tragedia: la necesidad, obrando como fatalidad dentro de cada individuo, en forma de pasiones. Cada personaje es como una fuerza de la naturaleza: una ley natural.

(En la iconografía trágica, junto a Edipo, que imaginamos esculpido por Fidias, y Peribáñez, pintado por Velázquez, y don Juan, estilizado y algo femenino en una efigies de Pantoja, y Segismundo, retorciéndose en una talla sinuosa de Berruguete, y Otelo, sobre una tela de Veronés, y el rey Lear, esbozado en un bloque de Miguel Angel; entre esta asamblea de personajes infortunados y dilectos de los dioses,bien puede hacerse un hueco para Ginebra, la pastora de «Voces de Gesta». A Ginebra la vemos de bulto; muy real y auténtica, con la calavera en la mano, algo como la Magdalena, de Pedro de Mena, y

(c) Ministerio de Cultura 2006

a la par, barroca y lírica en su furor, algo a lo Bernini, con las características cejas en acento circunflejo, la boca entreabierta y en arco, reminiscencia de las antiguas máscaras de Melpomene.)

Farsa: la necesidad, obrando como fatalidad dentro de cada individuo, en forma de rutina, de instinto habitual. Cada personaje es una marioneta, con un hilo que la mueve; hilo de oro, de alambre, de seda, de araña, según. (La comedia clásica, la comedieta italiana, la comedia de Molière, son, en el concepto, farsas. Aquí, las pasiones se degradan en fuerza y espontaneidad. Pierden músculo y descubren el esqueleto, la armadura, el resorte; pasan a ser costumbres, vicios. Biológicamente, vicio y costumbre es lo mismo: falta de elasticidad, de adaptibilidad. Así como pasión y vicio son opuestos. Pasión, es superabundancia biológica; vicio, infravitalidad. Por exceso, el apasionado no se adapta: rebasa el obstáculo o contra él perece, que es una manera de triunfo. El vicioso no se adapta, por defecto, y es vencido mediante el ridículo—. La comedia presenta espectros de pasiones, pasiones desencarnadas, esquemas, vicios, psicologías automáticas, *caracteres*. «Los Caracteres», de Teofrasto, compendian el repertorio de la comedia clásica. Los tratados clásicos sobre las pasiones—Aristóteles, Epicuro, los estoicos, Espinosa y Descartes—versan, en rigor, sobre caracteres de comedia, que no sobre verdaderos personajes de tragedia. El personaje trágico trasciende toda psicología especulativa; es un caso único; no se da sino en la vida misma o en la obra de arte trágico. El personaje cómico es un caso genérico que jamás se da plenario en la vida; sí solamente en los tratados de moral y de psicología, y en la comedia clásica, que no es moral en la intención, a pesar del *castigat ridendo mores*—pues todo artista, entre ellos el autor cómico, halla cierta fruición en lo inmoral y prohibido—, sino que es moral porque despierta o esclarece el conocimiento de aquello que en nosotros es más bien automático que vivo

(c) Ministerio de Cultura 2006

y libre, junto con el subsecuente anhelo de enriquecer nuestra vitalidad mediante acciones originales. El *castigat ridendo mores* es un rasgo de hipocresía humorística; se trata de escandalizar sin escándalo. La teoría de Bergson acerca de la risa, conviene con la esencia de la comedia clásica: nos hacen reír los organismos superiores cuando se mueven y obran como mecanismos.)

Drama poético: la necesidad, obrando como fatalidad dentro de cada individuo, en forma de visión íntegra de la vida. Así chocan, entre sí o con el medio, de modo irreductible, las pasiones, como los vicios, como las discrepancias en la contemplación de la vida. Dos actitudes distintas frente a la vida pueden enfrentar a dos almas con tanta violencia como la pasión o ajenarlas con tanta repulsión como el vicio. Si alquitaramos un último elixir de lo que sea la poesía, veremos que se reduce a una visión íntegra de la vida. Todo lo que sea detenerse en refinamientos preparatorios de este último elixir dará por resultado aspiraciones poéticas o emociones poéticas, pero no poesía absoluta. Ahora bien, la visión íntegra de la vida no la puede alcanzar un individuo por sí, aisladamente; es la obra prolija, multitudinosa, de generaciones animadas de un mismo espíritu, sobre una tierra maternal y centenaria. Esta visión, vasta e inasible, cristaliza al cabo en una voz gloriosa: el poeta. La visión íntegra de la vida la engendran los pueblos; el poeta finalmente la singulariza en un vértice estético. Cada pueblo contempla la vida desde un cuadrante diferente; de aquí los conflictos perdurables entre pueblos. El semblante auténtico del alma de cada pueblo se retrata en su poesía. Los grandes poetas han cantado en los momentos colmados, cuando la energía nacional, recién alcanzada una cumbre, advierte dilatado el horizonte de su visión; momentos, también, que inician el declive descendente. El poeta es vidente, con una visión que le ha sido trasmitida por herencia seleccionada; por que ha visto con los ojos de to-

(c) Ministerio de Cultura 2006

dos, luego todos ven con los ojos de él. Y así, cada cual lleva la retina acomodada, conformada para una visión íntegra de la vida, que es la de su pueblo. Cuando,—por el contrario—un hombre singular entrevé, él por sí, la vida en un sesgo desacostumbrado, y se coloca en insólita actitud frente a la vida, provoca un conflicto dramático de orden poético. La poesía subjetiva—y toda poesía subjetiva ambiciona, quizás oscuramente, multiplicarse en poesía colectiva—, frente a la poesía popular, que acaso, por acidia, ha perdido su virtualidad poética: una visión naciente, dolorosa, personal, de la vida, que pide ser participada, complementada, *realizada* democráticamente, y de esta suerte modificar la presbicia senil, la falsa visión tradicional—fué visión, ya no es visión—de quienes tienen ojos y no ven. El precursor, el innovador, el apóstol, el insurgente, el revolucionario—sea en materia de sentimientos, de ideas, de preceptos o de dogmas—, en combate con la red pasiva de lo establecido—, insensibilidad, rutina, licitud, ortodoxia—; he aquí el drama poético elemental. (No se confunda el drama poético con el llamado teatro de tesis. Este último es una contradicción en principio. Una obra de arte no puede demostrar nada, y, menos que nada, una ley. Es un acto de creación; es un caso. Caso que acaso crea otros muchos casos semejantes. De donde su eficacia. Las consecuencias de la obra de arte son biológicas, que no lógicas). Un grado superior, más depurado, del drama poético se nos ofrecerá cuando dos visiones íntegras y opuestas de la vida, en el punto de su mayor frescura original y afirmación expansiva, las visiones recién alcanzadas y orgullosas de dos pueblos diversos en el corazón y en el órgano contemplativo, se contrastan, asumidas irremediablemente en sendas personas, varón y hembra, a quienes por otra parte empuja, de modo recíproco, la proclividad del sexo y del amor. Esto es «Cuento de Abril». La princesa de Imberal = universo riente, espejado en el alma bienoliente y oleaginosa de Provenza. El Infante =

(c) Ministerio de Cultura 2006

universo ascético, purgado de toda superfluidad, sobre el yermo heroico de Castilla. «Cuento de Abril» (Valle-Inclán no ha querido clasificar esta obra suya: la denomina simplemente, *escenas rimadas en una manera extravagante)*, es un pequeño canon del drama poético.

Comedia infantil.—La máxima libertad del espíritu—no es otra cosa la puericia de la conciencia—ante un mundo tejido con necesidades y fatalidades; esto es, ante un mundo absurdo y ridículo. La comedia infantil es melliza de los cuentos de hadas. Materia de los cuentos de hadas: la virginidad libérrima del espíritu superando la caduquez y determinismo del universo. Libros de caballerías: cuentos de hadas para adultos. En arte, la facultad creadora es la imaginación, salvo en el género infantil, que entonces lo es la fantasía. La imaginación no es libre; sus leyes últimas son las propias leyes naturales. La fantasía, sí; para ella la necesidad está abolida. En todo gran artista, la cualidad preponderante es la imaginación (virtud de sentir y expresarse en imágenes (1), las cuales provocan en el espectador una sensación y simpatía inmediatas). La imaginación es más real que la realidad misma, puesto que es extracto, concentración de realidad. Pero todo gran artista no ha podido por menos de escaparse alguna vez del mundo de lo necesario—la imaginación—al país de lo fantástico, lo voluntario, lo libre, lo absurdo. Lo absurdo deliberado es precisamente la perspectiva desde donde se abarca más por lo sintético la fatalidad absurda de lo cotidiano. «La cabeza del Dragón» es un escape premeditado por la tangente que se suele llamar fantasía. En otras varias obras se observa la alegría genial con que Valle-Inclán gusta de hacer, de cuando en cuando, estas escapadas.

He dicho en un principio que Valle-Inclán había escrito para el

---

(1) Imágenes no quiere decir metáforas.

(c) Ministerio de Cultura 2006

teatro las cuatro piezas que acabo de someter a una calificación genérica. Estas piezas han trashumado un instante por el tablado histriónico de las Españas: han sido representadas a la ligera. Pero no han sido escenificadas. (Por escenificación se entiende dotar a una obra de vida física, conforme al designio del autor). Esta frustración escénica ¿es lo que ha retraído a Valle-Inclán de poblar nuevamente el proscenio con sus bellas y corpóreas criaturas? ¿O es que se ha satisfecho con acreditar sus extraordinarios poderes de creación en aquellos cuatro arquetipos dramáticos?

Lo que se puede asegurar es que Valle-Inclán, ante todo—, y hasta diríamos que únicamente—ha producido obras de carácter dramático. Todas sus creaciones están enfocadas *sub specie theatri*, como decían los antiguos; desde las Sonatas, hasta los últimos Esperpentos.

Un tiempo, estuve obligado a comentar en una hoja diaria las manifestaciones teatrales de la actualidad; comentarios que más tarde colegí en mis dos volúmenes de «Las Máscaras». Fué una labor, al día, durante cosa de dos años. En aquel período, no se me presentó la coyuntura (el tema de actualidad; obligatorio para mí, como dije) de glosar el carácter de dramatismo preponderante con que se desenvuelve la personalidad de Valle-Inclán. Esta es la razón por qué en aquellos dos libros míos se advierte esa grave deficiencia. Valle-Inclán no figura en ellos. (Anteriormente, yo había publicado dos ensasayos, sobre «El diálogo dramático», en «La Tribuna», alusivos al concepto dialogístico en las obras de Valle-Inclán, y unas apostillas en torno a «Cuento de Abril», en la revista «Europa»). Tampoco en mis libros figura Unamuno: otra deficiencia.

Estas líneas no aspiran a ser un estudio de la dramaturgia de Valle-Inclán. Insisto que toda su obra está concebida *sub specie theatri*. Estudiar a este autor como dramaturgo significa nada menos que

(c) Ministerio de Cultura 2006

desentrañar, trozo a trozo, la unidad genesiaca de toda su obra. Mi deseo es, con vagar y atención suficientes, llevar a término este trabajo algún día. Enunciaré aquí, escuetamente, algunos puntos del programa.

Resonancias.—El autor es tanto más original—y no hay paradoja—cuánto más remotas son las resonancias que en él se concentran; como si dijéramos que sus raíces beben la sustancia de las tradiciones literarias primordiales. Resonancias del teatro helénico y shakesperiano en Valle-Inclán.

Clasicismo.—Valle-Inclán, clásico. Escribe Lessing: «Fué privilegio de los clásicos no hacer en ninguna cosa nada de más ni de menos.»—Este es el tino de Valle-Inclán.

Sentido de presencia.—Primera condición del arte dramático; que cada una de sus personas nos afecte con el sentido de presencia corpórea, como una escultura o una pintura. Esta condición deben poseerla asimismo las figuras más pasivas y anónimas; de donde se compone el coro, el friso. (Hay autores dramáticos, y famosos, cuyos personajes jamás pasan de ser sombras inanimadas, pero gárrulas). Visibilidad de las figuras de Valle-Inclán; su decoro escultórico; importancia del coro en sus obras.

Dinamismo:—Dinamismo y dramatismo son sinónimos. Los griegos buscaban el dramatismo por la coincidencia en el tiempo: los modernos—Shakespeare, la Celestina, teatro español, por la expansión en el espacio. Aparece el postulado del fondo, de la decoración, del medio plástico armonizando inseparablemente con las acciones espirituales e influyendo sobre ellas. En Valle-Inclán siempre está el ambiente sensible en torno a la figura. (Bradomín, personaje dramático, sobre cuatro escenas terrenales, en cuatro momentos del año. «La lámpara maravillosa», un gran drama metafísico entre el dinamismo absoluto y el estatismo eterno, entre Dios y el diablo). Por la ex-

(c) Ministerio de Cultura 2006

pansión en el espacio el drama shakesperiano, la Celestina y el teatro español participan del afanoso caminar de la novela: no en balde nacen casi sincrónicamente. Y esto es lo que tienen de novelas las obras de Valle-Inclán.

Antipsicologismo.—Valle-Inclán ha comprendido que el teatro psicológico es un disparate. En el teatro—en sus obras también, las de Valle-Inclán—, las acciones se ostentan en su motivación inmediata y en sus resultados, por sí mismas, en tanto la novela registra las motivaciones sutiles y oscuras de la conciencia, las cuales no caben sino en el análisis del novelista, que no en la exposición desnuda de las acciones. (Un ejemplo extremado del término lógico adonde conduce el concepto moderno de la novela: Marcel Proust, cuyo antecedente ocasional es Henry James.) Valle-Inclán no ha querido hacer la novela moderna.

Diálogo.—La excelencia más evidente en la obra de Valle-Inclán es, a mi juicio, el diálogo. Se habla del diálogo natural, del diálogo en la vida misma. Pero en la vida no existe el diálogo. (Agudeza del P. Malagrida: «La palabra se le otorgó al hombre a fin de ocultar lo que piensa». Sentencia jesuítica. No. La palabra, al común de los hombres les sirve para rellenar el hueco de los pensamientos y de los sentimientos cuando no los hay. Se habla, generalmente, porque no se tiene nada que decir, por miedo al silencio. ¿Se ha de llevar esta manera de diálogo a la obra de arte?) No existe el diálogo natural, sino el artificial; como no existe el *average man*, el promedio de las estadísticas. (En una estadística norteamericana he leído que en aquel país, cada matrimonio tiene 2 $^{3}/_{4}$ hijos.) Dos tipos de diálogo: diálogo platónico, en que el locuente está creando expresiones inauditas, puesto que tiene que expresar ideas y sensaciones originales; el diálogo popular, en que la boca del individuo es como un tubo de órgano, que respira del mismo pulmón que a todos los demás tubos

(c) Ministerio de Cultura 2006

hace cantar y gemir, diálogo que traduce ideas, sentimientos y expresiones universales, acendradas y pulidas por los siglos, en el cual cada miembro o locución suena a proverbio, a letanía y a versículo. El héroe dramático debe acercarse a la elocuencia elevada de Platón; el coro, producirse en lenguaje de sabor milenario. Así en Sófocles. Pienso que esta intuición se trasluce en el diálogo de Valle-Inclán (como también en D'Annunzio), señaladamente en lo tocante al diálogo popular. (Influencia ruralista galáica y resonancia de la Celestina en Valle-Inclán.)

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

IRIS DE LUNA

AL MAESTRO VALLE-INCLÁN.

Hacia Madrid, una noche,
va el tren por el Guadarrama,
bajo un arco-iris
de luna y agua.
¡Oh luna de abril serena
que empuja las nubes blancas!

—

La madre lleva a su niño
dormido sobre la falda.
Duerme el niño y todavía
ve el campo verde que pasa,
y arbolillos soleados,
y mariposas doradas.

—

La madre, ceño sombrío
entre un ayer y un mañana,
ve unas ascuas mortecinas
y una hornilla con arañas.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Hay un trágico viajero
que debe ver cosas raras,
y habla solo y, cuando mira,
nos borra con la mirada.

—

Yo veo campos de nieve,
y pinos de otras montañas.

—

Tú, señor Dios, por quien todos
vemos y que ves las almas,
dinos si todos un día
hemos de verte la cara.

ANTONIO MACHADO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

VALLE-INCLÁN Y AMÉRICA

POR mil partes aparece América en la obra de Valle-Inclán: a veces, de caso pensado; otras, en un vago fondo inconsciente—si es que puede hablarse de inconsciencia para un escritor que pondera siempre las siete evocaciones armónicas de cada palabra.

En la *Sonata de Estío*, encontramos la pintura de la Niña Chole, la mestiza dulce y cruel que el Marqués de Bradomín descubre entre las ruinas de Tuxpan, envuelta en el rebocillo de seda y vestida con el hipil de las antiguas sacerdotisas, sobre un paisaje de piedras labradas y arenales dorados, palmeras, indios y mulatos con machetes, y cabalgaduras llenas de plata. Preciosa miniatura que apenas enturbia cierta frase de la Niña Chole sobre «el flete de Carón», que el negro de los tiburones va a pagar en el otro mundo.

Aquí inaugura el Maestro la interpretación artística, sutilizada, del ambiente mexicano, escogiendo las escenas, las palabras, los tipos más cargados de color; solicitando levemente los datos de la realidad para que todos resulten expresivos; trasladándonos a un momento

(c) Ministerio de Cultura 2006

convencional del tiempo, donde puede juntar lo más mordiente y vivo de los rasgos de algunas épocas. Así aplica a los asuntos americanos el procedimiento con que trataba los temas peninsulares; aprovecha las sugestiones de los primitivos cronistas y soldados, que usaron de la pluma de las memorias cuando ya no podían más con la espada de las hazañas; o tal cual fugitiva evocación de la América de Chateaubriand—este verdadero creador de la «selva virgen», donde los árboles gritan como en Dante; y procura siempre aquella objetividad parnasiana del Flaubert de la *Salambó*, sobre cuyo fondo estrellado corren poco a poco los velos de una melancolía católica y céltica, trémula de lágrimas y palpitante de insaciables anhelos—. «Es la noche americana de los poetas»—suspira el Marqués, doblado en la borda de la «Dalila»—, y sentimos que en sus palabras tiembla el llanto.

Por las páginas de *La Lámpara Maravillosa* se percibe también la obsesión de los recuerdos americanos: «En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino la lengua de España.» Y aquella adivinación: «Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la pampa, cuando hayan levantado sus pirámides y sepultado en ellas sus tesoros, habrán de hacerse místicos. Sus almas, cerradas a la cultura helénica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada.» Esta idea se afirmará más tarde, con el segundo viaje a México.

En *La Pipa de Kif*, *La Tienda del Herbolario* es una aromática bodega de olores americanos, con especial predilección por el rasgo exótico y—si es posible—grotesco, correspondiendo a la estética del poema. El poder sintético es desconcertante, y esa Jalapa, ese Cam-

(c) Ministerio de Cultura 2006

peche, esa Tlaxcala entrevistos a través del humo de la marihuana, como lindos monstruos de alucinación y recuerdo, no se olvidan más. Decididamente, Valle-Inclán prefiere la América mexicana: la más misteriosa y la más honda.

Y finalmente, en los *Esperpentos* y creaciones últimas, hay un recuerdo, que va y viene, de las palabras mexicanas, de los giros y los equívocos mexicanos. Es un murmullo que anda por la parte liminar de su alma, pero el escritor lo deja sentir con plena conciencia de lo que hace. Los que estamos en el secreto, saboreamos y sonreímos. Y agradecemos esta dignificación artística que don Ramón concede a tal o cual disparate humilde de nuestro pueblo, a tal o cual injuria recogida en labios dé un jarocho de la costa o de un charro del bajío.

Pero, sobre todo, América ha sido para Valle-Inclán algo como un empuje oportuno de la vida, un deslumbramiento eficaz, que le abrió los ojos al arte. «Y decidí irme a México, porque México se escribe con *X*.» De aquí, de este primer viaje, procede el milagro de Valle-Inclán. El hombre que México le devolvió a España, contenía ya todos los gérmenes del poeta.

En plena época colonial, Baltasar Dorantes de Carranza hablaba de las Indias con abominación y a la vez—con mal encubierto rencor de amor—. «¡Fisga de imaginaciones!—decía—. ¡Anzuelo de voluntades!» La imaginación y la voluntad de los españoles peninsulares volaban hacia América, que ejercía en la vida de la raza una función tónica, de ideal, de golpe de viento purificante. Igual función sigue desempeñando América para los españoles más altos, durante el siglo de Independencia: Castelar vuelve a ella los ojos con esperanza y con alivio; se cura de sus tormentas políticas, enviando sus confidencias y desahogos a los lectores de América. Unamuno—cuyo padre vivió en Tepic, y que aprendió a leer hojeando libros mexica-

(c) Ministerio de Cultura 2006

nos—, declara un día, entre melancólico y soberbio: «Si yo fuera joven, emigraría a América.» Ortega y Gasset trae de América un secreto de fantasía renovada semejante al de Fausto. Y a Enrique Díez-Canedo le es tan familiar la literatura americana, que, acaso por primera vez, se vuelve, bajo su pluma, un capítulo de la literatura española.

Valle-Inclán escribe, y sueña con México. De su segundo viaje trae dos experiencias profundas: primera, persiste la lucha entre el indio y el encomendero (encomèndero que no es necesariamente español, como él parece suponerlo); la pugna entre el individualismo europeo, yuxtapuesto artificialmente sobre los hábitos de la raza vencida, y el gran comunismo autóctono que encontró Cortés, que la Iglesia amparó en cierto modo, como único medio de salvar a las poblaciones indígenas, y que las Leyes de Indias respetaron teóricamente, hasta donde era compatible con la necesidad de repartir premios y riquezas a los conquistadores; segunda, México es un país vuelto hacia el Pacífico, que huye del Atlántico y se hincha de magnetismos asiáticos. Conserva el rastro espiritual de los juguetes sagrados que la Nao de China traía desde el Parián de Manila al Puerto de Acapulco, de donde pasaban a México, camino de Veracruz, rumbo a Sevilla. Esta gran circulación oceánica explica sus inadaptaciones y sus extrañas reservas de fuerza y de esperanza. Tal idea —que pudo parecer paradójica a nuestros amigos madrileños—es la clave del enigma mexicano: la *X* de México. Se ha dicho de la bíblica Ester: «Dos naciones hay en tu seno.» Pero hay que interpretar el texto: «Y realizarás tu destino cuando juntes las dos sangres en una.» Ciertamente, de los nuevos directores espirituales del indio americano puede asegurarse—como Valle-Inclán lo presentía pocos años antes—que tienen el oído atento a las enseñanzas de la India, esta gran mestiza de arios blancos y dravidios oscuros.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA PLUMA

Hay muchos que aman a América en su bienestar y en su sonrisa. Valle-Inclán resiste la prueba de la verdadera simpatía americana; a él lo que de América le enamora es aquella vitalidad patética, aquella cólera, aquella combatividad, aquella inmensa afirmación de dolor, aquel hombrearse con la muerte.

ALFONSO REYES.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA PLUMA

VALLE-INCLÁN Y GALICIA

En la edad del arte románico, cuando la apartada y nebulosa Galicia, a orillas del mar grande, era místico faro que atraía a sí las gentes de los más remotos confines europeos, la lírica gallega reinaba sin rival en la Península, y para expresar sus tiernos anhelos, iban a pedirle rimas y palabras los corazones sensibles de toda la España cristiana. Pero después, coincidiendo innegablemente con movimientos políticos y económicos, Galicia llegó a ser tenida por el resto de las tierras españolas como algo grotesco y ridículo; fueron objeto de befa su lengua y sus costumbres (la España africana se burló de la España europea, diría un fanático de nuestro pequeño nacionalismo), y el gallego, tan inteligente, reflexivo, trabajador y sufrido, fué en general considerado como paria nacional, para quien se reservaban viles labores y mofas sangrientas. Tirso de Molina, por ejemplo, lejos ya de aquella universalidad de comprensión para las cosas españolas de Lope de Vega, en una comedia gallega, convierte en personaje cómico hasta a la misma protagonista. Este movimiento escarnecedor, que pervive todavía en ciertas bajas esferas sociales, a pesar de nuestra gran aportación a la obra cultural del siglo XVIII dura hasta bien entrado el XIX, cuando, en vez de aguadores, comenzamos a exportar a Madrid políticos y literatos.

La Condesa de Pardo Bazán, en la escuela naturalista del último

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuarto del siglo pasado, elevó al pueblo de Galicia a la categoría de tema literario; con ella entraron en el ámbito de la novela española nuestras gentes y costumbres, nuestra manera de hablar, nuestra psicología, nuestros paisajes: *Los Pazos de Ulloa* marcan una fecha memorable en la historia literaria gallega. Pero su autora, a pesar de las dotes y aptitudes casi universales que albergaba en su privilegiado espíritu, o acaso por ellas, no poseía el tono de sensibilidad necesario para dar, en toda su plenitud, artística vida al alma de su tierra. No es, ni mucho menos, que sus obras, tan valiosas en todos sentidos, copien con inexactitud la vida de sus paisanos; hay en todas ellas un conocimiento preciso y amoroso del verdadero ser de aquella comarca, como no podía menos de esperarse de quien atesoraba en sí aquel maravilloso afán de conocer. Mas, si podemos expresarnos así, la ilustre artista suele mantenerse fuera y por encima de los acaecimientos que tan sabiamente refiere; observa a sus personajes como un entomólogo a una colonia de insectos; no entra con su alma entera en medio de ellos para sentir en su propio corazón sus alegrías y sus duelos. No olvidemos, si queremos ser justos, aparte de que en aquella gran escritora dominaran las notas intelectuales sobre las sentimentales, que la impasibilidad fué norma de la escuela literaria a que, en su fase de novelista de costumbres, perteneció la Condesa.

A Valle-Inclán estábale reservada la íntima y plena comunión con el alma de su raza, y en su obra tenemos que saludar los gallegos el monumento artístico en que alcanzó más alta encarnación el verdadero ser de nuestro pueblo. Galicia: antiquísima tierra, resto quizás del mítico continente, sumido bajo el mar a que da nombre, cuyas indomables aguas aún hoy van poco a poco, milenio tras milenio, destruyéndola con su infatigable trabajo, al morder las rocas de las costas y entrarse por los cauces fluviales, convirtiendo en ría lo que fué valle antaño; raza prócer, de tan rancia y profunda cultura que se ha trocado ya en naturaleza; anciana estirpe, que desde hace muchos centenares de años sabe la íntima vanidad de todas las cosas y vive desengañada, en un estado de fatiga y apagamiento, cortado por dionisiacas embriagueces de sensualidad y alegría o de odio y sanguinaria violencia; místico pueblo,

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuya civilización de los mil años últimos se ha fraguado y desenvuelto en torno a un misterioso sepulcro del aluvión dejado a su paso por la santa corriente de los peregrinos; tierra de ocaso, última de Europa que ve ponerse el sol, y cuyo ser entero, por la gente y el paisaje, la humanidad y el ambiente, es un atardecer perenne: suavidad, ternura, nostalgia, lirismo que llena de inacabables canciones la melancólica soledad de los campos, sentimentalidad, erotismo que convierte en *l'heure du berger* cada una de las nuestras, y en la vetustez de nuestra cultura y la crepuscular indefinición con que se nos aparecen las cosas, a pesar del semítico monoteísmo plurisecularmente vencedor, todavía son divinas entre nosotros las incomprendidas fuerzas naturales, aún habitan clandestinas divinidades en los árboles, las peñas y las aguas, aún hay tronantes en las nubes, hadas en las fuentes, encantos en las cavernas, la hueste de difuntos recorre siniestra por las noches los caminos aldeanos con espanto de los vivientes. Todo esto encuentra, en lengua castellana, en la obra de Valle-Inclán, una expresión no menos fiel e intensa que la que alcanzó en gallego en los inmortales versos de Rosalía.

Es ello (¿cómo dudarlo?), porque los más puros y característicos elementos del espíritu gallego encarnaron dichosamente en la psique del creador del Marqués de Bradomín. Valle-Inclán es un excelso espíritu representativo de nuestra tierra. Posee, ante todo, un alto sentido lírico y musical, como es propio de un pueblo mejor dotado para la canción que para las artes plásticas. Esta musicalidad, este lirismo, junto con su interna fuerza expresiva y la abundancia de términos y giros gallegos, prestan a la prosa de Valle-Inclán la inconfundible personalidad con que brilla en medio de la de nuestros más excelentes escritores contemporáneos. Después, en el espíritu que sus obras revelan, encontramos un nebuloso fondo de melancolía, sensualidad, misticismo, sobre el cual se alza, robusta y fuerte, la perenne obsesión amatoria, sentimental y carnal, varia en sus manifestaciones, pero siempre igual en su violencia. Unida a ella, una gran fuerza viril, valor personal, coraje, bravura, la acometividad que llenó de esforzadas acciones los folios de nuestras crónicas y que aun en la decadencia actual se revela en las

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

sangrientas refriegas que suelen armar los mozos al final de las romerías aldeanas; el espíritu aventurero que lleva a América en repetidos viajes a la mayor parte de nuestros paisanos y establece un vivo lazo permanente entre las tierras de aquende y allende el Atlántico: impulso de raza bien profundo es el que arrastra a Méjico al Marqués de Bradomín. Por último, Valle, como buen hijo de celtas, ha topado al pie de las tapias del camposanto con el cortejo de los muertos y cobraron para él escalofriante significación los lúgubres misterios de la trasvida. Como en el rostro del Dante los espantos infernales, quedaron inextinguiblemente pintadas en los ojos de este gran artista las tremendas luces fosfóricas de la Santa Compaña.

Dos grandes épocas han brillado en la Galicia cristiana, según nos revelan sus monumentos religiosos, ya que en toda su historia Galicia está íntimamente ligada con la Iglesia: la época románica, entre los siglos XII y XIII, cuando Compostela fué una de las grandes ciudades del orbe cristiano, y la barroca, entre los siglos XVII y XVIII, cuando, a pesar de la miseria de los pueblos, una bella civilización floreció en las cimas sociales, en pazos y conventos. Una y otra, encuentran su expresión en la obra de Valle-Inclán. De la Galicia medieval procede don Juan Manuel y su progenie de lobos, la dulce Adega, los peregrinos, los mendigos, los leprosos, los ciegos que van diciendo malicias de feria en feria por los largos caminos, todo aquel pueblo de siervos, callado y resignado bajo el feudal azote de sus amos. La Galicia galante del XVIII nos da al casanovista marqués de Bradomín, a la pobre Concha y a sus otras enamoradas, a las damas y caballeros, de tan auténtica nobleza, a los que vemos hacer frívolas cortesías entre los damascos y cornucopias de los salones de los pazos.

Toda Galicia, con su ambiente, sus paisajes, sus tipos, sus decires, surge ante nosotros de las páginas de estos libros. La gran tristeza de los viejos jardines señoriales abandonados; el encanto de las románticas iglesuelas de aldea (con esos prodigiosos nombres de santos gallegos que don Ramón sabe encontrar: San Cidrán, San Gundián, San Electus, Santa Minia, Santa Baya de Brandeso, San Berísimo de Céltigos) en me-

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

dio de sus risueñas quintanas, bajo cuyo menudo césped duermen el sueño sin término los feligreses muertos; los hoscos caminos montañeses, barridos por el viento, que atraviesan yermas soledades, sólo vestidas de brezos, en cuyos siniestros mesones alguna vez ha entrado para no volver a salir jamás algún desdichado viajero; las hondas corredoiras, húmedas y sombrías, aromadas de madreselva bajo la verde fronda de los castaños; las nobilísimas plazas y ruas de la sagrada Compostela, dormida bajo la lluvia como por un hechizo que alejara de su místico recinto el curso destructor del tiempo; y allá en la lejanía, poder maléfico que amenaza destruir tanta dulzura y belleza, en un salobre ambiente de violencia que contrasta con la suavidad de lo restante, el perenne fragor de las gigantes olas atlánticas que rompen frenéticas contra los enhiestos roquedos de la costa en su contienda eterna. Toda Galicia, hay que repetirlo, vive con altísima vida de arte en la obra de Valle-Inclán, y con su insigne autor tenemos una inmensa deuda, impagada e impagable (porque ¿cómo encontrar homenaje que iguale con tan grandes merecimientos?) todos los gallegos y los que, sin serlo, aman como suyas aquellas dulces tierras.

RAMÓN MARÍA TENREIRO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

SONETO ESTRAMBÓTICO

A DON RAMÓN, EN CONSONANCIA CON SUS ÚLTIMAS PRÉDICAS DE CAFÉ.

La siringa de Pan, dios pie-de-cabra,
no a los Númenes pido ni la lira
poética y retórica, que el lauro
académico ciñan a tu obra.

Dentro del pecho el corazón celebra
saltando, fiesta que no ondea al aire;
y si moneda vil parece el oro
con que te pago la amistad, encubre

la expresión torpe un sentimiento puro.
No de la sombra de Grecia famosa,
para cantarte, conviene el amparo.

Preste a mi acento su gracia tu musa.
Suene la gaita gallega. Y espere,
andando mucho aún, el Tiempo, tu mise-
rere.

C. RIVAS CHERIF

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

DÍAS DE BOHEMIA

El nombre del gran escritor evoca en mi memoria todo un pasado de juventud. Cuando yo vine de Bilbao, en 1897, la personalidad de Ramón Valle-Inclán había alcanzado ya el homenaje de los literatos de su tiempo. Se le temía y se le admiraba. Su verbo crítico era de una acritud y de una gracia insuperables. Una frase suya demolía una reputación. Otro, en su lugar, habría saltado sobre el trampolín del ingenio a un alto puesto en la Prensa, que de momento le hubiera permitido hacer frente a las estrecheces de la vida; pero Valle ha sido siempre de una independencia de carácter y de una austeridad de costumbres, que le han preservado de toda claudicación. Atraído, como otros muchos, por su ingenio, que él acuñaba en frases inolvidables, yo iba a visitar a menudo al gran escritor, empresa que exigía una cierta dosis de buena voluntad, porque la calle de Calvo Asensio, abierta entonces sobre un extenso descampado, y sin comunicaciones fáciles con el centro de la ciudad, era intransitable de día, y peligrosa de noche por la oscuridad. La puerta de la vivienda de Valle estaba siempre franca. No he conocido hombre más libre de prevención medrosa, ni más hospitalario en su casa. A cualquier hora del día o de la noche se podía entrar en su cuarto, porque, no solamente no se encerraba por dentro, sino que dejaba la llave por

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

fuera. Yo solía reconvenirle: «Pero, hombre, está usted expuesto a que le roben...»

—¿A que me roben?—preguntaba con extrañeza el futuro autor de *Las sonatas*...

En la habitación no había más que los muebles indispensables: una cama y una mesa de noche, y dos sillas de madera clara, y en una sálita contigua, una mesa, un aparador pequeño, sin el menor aire de familia, con la mesa y cuatro sillas. Me parece recordar que todo el decorado de las paredes se reducía a una panoplia con dos floretes enmohecidos y una careta de esgrima.

A Valle se le encontraba, indefectiblemente, en la cama. Sin ser insociable el gran escritor, ha sido siempre un retraído, vagamente tocado de melancolía. Yo me sentaba en una silla, al pie de la cama, y nos poníamos a charlar No he conocido espíritu más curioso que el suyo. Se informaba de todo, lo menudo y lo grande, con igual interés. Yo solía llevarle noticias de nuestra tertulia del Café Inglés, a la que asistian, casi a diario, Benavente, que aún no había estrenado más que dos comedias: *El nido ajeno* y *Gente conocida*; el «Abate Pirracas», revistero de teatros de *La Correspondencia de España*; Antonio Palomero, Emilio Fernández Baamonde y un escritor muy inteligente, de vocación muy castiza, «El bachiller Estepa», que se eclipsó pronto, socialmente, en una crisis de misticismo. De tarde en tarde, caía Joaquín Dicenta en nuestra tertulia, y claro está, que monopolizaba la conversación. ¿Cómo olvidar la palábra apasionada y el desenfado, un poco plebeyo, del ilustre autor de *Juan José*? Los diálogos entre él y Valle eran impagables. Eran dos estéticas frente a frente. Dicenta tenía un talento natural que todos reconocían, y Valle, sobre ser muy inteligente, decoraba sus ideas con una riqueza cultural exenta de pedantería, que deslumbraba. Pocos literatos han conocido tan a fondo como el autor de *Las sonatas* su arte, el arte de escribir, de reproducir lo real y de evocar lo misterioso que hay en la vida. En eso procedía de los artistas del Renacimiento, que subordinaban el instinto genial a la disciplina técnica. Cuando Valle exponía sus teorías estéticas, Dicenta, impotente para contradecirle en el terreno

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

crítico, salía brillantemente del compromiso espetándonos media docena de dogmas literarios que Zola había puesto en circulación. ¡Qué charlas aquellas! De ordinario, terminaban con un donaire gracioso de Palomero, que nos hacía reír a todos, o con una frase de Benavente, oportuna y cáustica De tiempo en tiempo, y obedeciendo a la inflexible ley del cansancio, aquella tertulia se dispersaba, y poco después volvíamos a encontrarnos en Fornos, en el Café de Levante de la calle del Arenal, que ya no existe, o en el «Gato Negro».

Valle no venía con asiduidad a aquellas reuniones, sino de un modo intermitente. Lo más del tiempo se le iba acostado y meditando. Las grandes líneas de su obra futura se dibujaban ya en el horizonte de su pensamiento. Yo solía quedarme a comer a menudo con él, y entonces el gran escritor me exponía sus proyectos literarios y el método de trabajo a que debían ajustarse. ¿Cómo negar que he aprendido mucho de aquellas confidencias? Sin presumir de erudito, Valle no ignora ninguno de los secretos de su arte. Conoce a fondo el castellano que ha renovado sin caer en el culteranismo, más que con la aportación de voces, sacando de sus entrañas giros inéditos y estableciendo alianzas nuevas entre las palabras. Por eso, la obra de Valle señala un momento, una edad del idioma. ¿A qué más puede aspirar un literato? Allá por aquellas fechas a que me he remontado al principio, casi todos los escritores de la generación del 98 malvivían en la incertidumbre del mañana. Yo escribía crónicas en *El Globo*, de las que reportaba doce duros mensuales. Todos mis demás ingresos eran tan eventuales que parecían un donativo providencial. Antonio Palomero y Ricardo Fuente trabajaban en la redacción de *El País*, diario más rico de ideales que de dinero, en el que un duro, por lo raro de su aparición, tenía algo de un meteoro. El «Abate Pirracas» vivía con decencia, de su paga de teniente coronel, y el poeta Baamonde se daba buen trato, merced a una rentita que administraba con cautela de gallego. Solamente Jacinto Benavente respiraba la plenitud del bienestar económico. Hijo de familia bien acomodada, el agobio material le era desconocido. ¿Habré de añadir que el autor de *Gente conocida* no tenía nada de rumboso? Eso lo sabemos todos de muy

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

atrás. Yo recuerdo de un día, en que por no haber comido el anterior, acudí a él, cuyo trato frecuentaba con asiduidad, y me dió cuatro pesetas. Valle, en cambio, a pesar de ser gallego, no tiene nada de tacaño. ¿Cuántas veces ha compartido conmigo los modestos condumios que le aderezaba su portera? Innumerables. Además, he conocido pocos hombres que soporten con más entereza que el autor de *Las sonatas* la adversidad. Su estoicismo varonil recuerda el de don Francisco de Quevedo. Indiferente a la estrechez, Valle-Inclán no tenía entonces más que una preocupación: su obra futura. «¿Por qué no colabora usted en los periódicos?»—solíamos preguntarle—. «La prensa—contestaba—avillana el estilo y empequeñece todo ideal estético». «Pero, el periódico—le replicábamos—puede extender más rápidamente su reputación». «Eso es un error. Las reputaciones que crea la prensa son deleznables. Hay que trabajar en el aislamiento, sin enajenar nada de la independencia espiritual.»

Esa era su respuesta.

Allá por el año de 1904 ya gozaba el gran escritor de una autoridad en el mundo intelectual, que debía ir en aumento hasta su consagración definitiva entre los arquitectos del idioma. Un día me propuso que refundiéramos una obra de Lope de Vega, *Fuente Ovejuna*, y con ese motivo nos dimos a frecuentar el Saloncillo del Teatro Español. En torno de María y Fernando se agrupaban en aquella casa todas las noches don José Echegaray, gran espíritu, con quien los escritores de aquella generación hemos sido injustos; Eusebio Blasco, tan ingenioso y tan llano siempre; Sellés, que a pesar de su talento no ha sido comunicativo nunca; don Ricardo de la Vega, que parecía soñoliento a toda hora; Pepe Laserna, constante, como buen castellano, en sus amistades; Ricardo Catarineu, cuya prematura muerte ha sido cuna de las grandes penas de mi vida, y el duque de Tamames, el último gran señor que yo he conocido. En aquellas reuniones, la palabra elegante y subversiva de Valle-Inclán desconcertaba a todos los que le tomaban por lo serio. El duque, sobre todo, le oía con asombro. ¿Qué decía el gran escritor? Cualquier cosa. El tema de la conversación lo traía el azar. Lo demás lo ponía Valle

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

con su originalidad de pensamiento, su facundia de paradoja y su verbo pintoresco y osado. La descripción de sus aventuras en América, por ejemplo, proporcionaba a Valle grandes éxitos.

Todos le oíamos risueños, descontando mentalmente lo que ponía la fantasía del gran escritor en aquellos relatos; pero el duque, hombre de poca malicia, no sabía a qué atenerse. Las enormidades bélicas que contaba el eminente escritor lo tenían desconcertado. No conociendo el espíritu humorista de Valle, su afición a lo épico y a lo truculento, atribuía aquellas hiperbólicas aventuras a un desvarío mental. Su mirada formulaba esta pregunta: «¿Se nos habrá vuelto loco Valle-Inclán?» Al final tenía que venir María Guerrero a tranquilizar al duque: «No le haga usted caso, padrino. Todo lo que ha dicho Valle es una serie de bolas para hacernos pasar el rato...»

De allí a poco el gran escritor, temperamento inquieto y andariego, se nos hizo actor—para enseñarle a Thuillier el arte de la interpretación, decía él—. Y, por último, se nos fué a América, donde tiene muchos y fervorosos admiradores. Se había casado ya y era feliz en su hogar. A partir de entonces, su obra ha ido en aumento. El teatro y la novela le han hecho conocer la plenitud del éxito y pisar el umbral de la gloria. Hoy que, más afortunado que nosotros, es totalmente feliz, ¿se acordará Valle de aquellos días de incertidumbre y de estrechez, ya lejanos? Como es hombre en quien el corazón está, por lo menos, a la altura del ánimo, es probable que no olvide aquel pasado de sueños y de entusiasmos que ha sido el pedestal de su personalidad actual. Ahora vemos de tarde en tarde al gran escritor, que vive retraído lo más del año en una finca suya, a orillas del mar que baña su tierra natal... Y al abrazarle con fraternal efusión, entra en nuestro espíritu una ráfaga de juventud.

Él está ya donde debe estar, asistido de todas las hadas que labran la ventura de los hombres, mientras nosotros, menos afortunados, seguimos nuestro camino en pos del éxito que no llega y de la paz interior que no presentimos siquiera.

MANUEL BUENO.

© Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

VALLE-INCLÁN, EN EL CAFÉ

Me he comprometido con los editores de La Pluma a escribir un artículo relatando episodios de la vida de mi antiguo amigo don Ramón del Valle-Inclán.

Mi situación ante la balumba de mis recuerdos, es semejante a la del niño del cuento, al que un hada lleva a una mesa surtida de tantas golosinas que el niño no sabe por dónde empezar a comerlas.

Durante muchos años, creo que se van acercando a los treinta, puede decirse que he vivido con Valle, he sido testigo presencial de hechos de los que fué protagonista, y tuve el placer de conocer la mayoria de sus obras literarias antes de que las diera al teatro o a la prensa.

Sé que, a los jóvenes, les desagrada un poco el que se recuerde tiempos y personas que ellos no conocieron. Yo torcía el gesto cuando me hablaban de las gracias de Castro y Serrano, de las espirituales conferencias de don José Echegaray en la Cacharrería del Ateneo o del estreno y éxito enorme de *La Pasionaria*.

Ocurre que los jóvenes no pueden comprender lo que interesaba a sus padres, los acontecimientos pasados perdieron el destello que les prestaba la vida y las anécdotas sin actualidad resultan muertas.

Temo que lo contado por mí tenga para los jóvenes de hoy el gusto rancio que yo mismo encuentro en los artículos que de vez en cuando

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

se publican en los periódicos, recordando cosas que ya no interesan más que a los viejos.

* * *

Una noche, hace ya muchos años, entré por casualidad en el Café de Madrid, que estaba donde hoy está el Crédito Lyonés, en la calle de Alcalá.

En una mesa cercana a la mía, vi un joven, barbudo, melenudo, moreno, flaco hasta la momificación. Vestía de negro y se cubría con chambergo de felpa gris de alta copa cónica y grandes alas. Las puntas salientes del planchado cuello de la camisa, avanzaban amenazadoras, flanqueando la negrísima barba cortada a la moda ninivita del siglo XIX antes de Cristo, y bajo la barba, se adivinaba la flotante y romántica chalina de seda negra, tan cara a los espíritus poéticos.

El extraño personaje respondía a las curiosas miradas de los concurrentes con desfachatez insultante y dirigía el destello de los quevedos que cabalgaban sobre su larga nariz, sobre aquel que le contemplaba con insistencia.

Pregunté al mozo del café quién era aquel parroquiano, y el mozo satisfizo a medias mi curiosidad, diciéndome:

—Creo que es poeta, como los que se juntan con él, y creo que viene de Méjico.

Fueron llegando amigos del poeta, y sentándose junto a él, se entabló entre ellos una acalorada discusión acerca de un desafío.

La voz altisonante del poeta melenudo se destacaba sobre todas. Explicaba una estocada, sin duda alguna, porque para dar mayor comprensión a sus palabras cogió una cucharilla y señaló tres o cuatro golpes sobre el chaleco del que tenía enfrente.

Entre las prácticas demostraciones intercalaba denuestos contra aquel *galopín* de don Francisco de Quevedo y Villegas, ignorante patizambo, que se había permitido burlarse de los Grados del Perfil del gran tratadista y maestro de armas Pacheco de Narváez.

Pero las explicaciones no debieron convencer a los contertulios, por-

(c) Ministerio de Cultura 2006

bue el de la barba asiria y melena merovingia se levantó del asiento, requirió un bastón, a guisa de tizona, y saliendo al pasillo que formaban las mesas del café, se puso en guardia como un San Jorge, y dando desaforados gritos, se tiró a fondo. Todo ello sin importarle un pito la sorpresa de los parroquianos, el apuro de los camareros y el pánico del encargado, que desde el lejano mostrador miraba las fintas y estocadas de aquel maestro de esgrima.

—No hay más que batir el hierro del contrario y tirarse a fondo. Todo lo demás es ganas de perder el tiempo—dijo el poeta, y se sentó satisfecho, atusándose las barbas.

Entre los amigos del espadachín había tipos curiosos, por su aspecto y por su indumentaria.

Uno de ellos, cetrino, de facciones abultadas, de corva nariz y enorme bigote negrísimo a la borgoñona, cejas como cepillos que rascaba constantemente con la uña del dedo corazón de la mano izquierda. Llevaba sombrero hongo de copa plana, gabán de color café con leche herméticamente abotonado, con botones diferentes, por debajo del cual asomaban los pantalones escoceses a rayas pardas. Hablaba con acento gallego, y era, según supe después, Camilo Bargiela.

A su lado, un joven de barba castaña, cortada a lo Alfredo de Muset, alzaba su ensimismado rostro y raras veces pronunciaba alguna frase lánguida. Era Godoy.

Un muchacho bajito, rubio desteñido, con aspecto de golfo callejero, gracioso y ocurrente, hacía el bajo a la voz atenorada del poeta espadachín con el piporro bronco de su garganta. Era Antonio Palomero.

Importante personaje en aquel conciliábulo, era un caballero pequeño de estatura, de perilla y bigotes mefistofélicos, calva incipiente, muy refitolero en el decir y en sus ademanes. Mordisqueaba constantemente un puro. Era don Jacinto Benavente.

Otro de tez aceitunada, expresión de esclavo irredento o de Buda en el Nirvana, ojos pequeños bajo los párpados carnosos, apenas abría los gruesos labios mas que para exclamar: «¡Admirable! ¡Admirable!» Era el magnífico poeta Rubén Darío.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Allí estaban Martínez Sierra, Luis Bello, Sánchez el caricaturista, Alonso y Orera, González Blanco, Leal da Cámara, Lozano el poeta, Ricardo Marín, Gómez Carrillo y Ors y Ramos.

Con ellos, se dedicaban a una orgía de café con leche, periodistas, *snobs*, dibujantes y poetas inéditos.

Eran los *modernistas*, los modernistas odiados a muerte por los académicos y por los consagrados y el poeta espadachín de los grandes gestos, su definidor, el debelador de famas mal adquiridas, el que segaba los viejos penachos literarios, el sarcástico rebuscador de ripios, era don Ramón del Valle-Inclán.

Si se me permite una comparación microbiana, diré que el núcleo artístico-literario del Café de Madrid fué para mí como un amiba que rodea a una pobre célula abandonada y lo incorpora a su protoplasma. Así ingresé en aquel cenáculo.

Noté que en aquella reunión el tema favorito de la discusión era casi siempre un motivo literario, alguna vez se habló de Pintura y de Escultura, jamás de Música ni de nada científico.

Me extrañó también que muchos de los aprendices de literato eran incapaces de hacer la multiplicación de un número de dos cifras por otro de otras dos, que no conocieran casi nada de literatura clásica y que su cultura literaria empezaba con las últimas obras del siglo XIX.

Eran enciclopédicamente ignorantes.

Esta ignorancia de los literatos, que entonces me produjo tanta extrañeza, he podido comprobarla después en muchos pintores, escultores, y, en escala mayor si es posible, en los músicos y críticos de Arte.

Con semejante auditorio era magnífico oir a don Ramón dejarse llevar por la fantasía más delirante, pero más admirable todavía cuando arremetiendo contra los figurones consagrados de la época, con sarcasmo violento y sin misericordia escogía los trozos más selectos entre los peores de dramas, poesías, novelas y discursos y los largaba a voz en grito por la rotonda del café.

Casi toda la literatura española contemporánea caía hecha añicos a

(c) Ministerio de Cultura 2006

su acerba crítica y únicamente se salvaban de ser arrojadas al *Spoliarium* Campoamor, Zorrilla, Galdós, Valera y Menéndez Pelayo.

En el Café de Madrid se iban señalando dos tendencias, y, por lo tanto, dos grupos que tendían a separarse.

Uno capitaneado por Benavente, que llevaba tras de sí a los que le admiraban por sus escritos escénicos; otro grupo, a cuyo frente iba Valle-Inclán, revolucionario, indisciplinado y revoltoso.

El núcleo benaventino fué a sentar sus reales a la cervecería Inglesa de la Carrera de San Jerónimo, y el valle-inclanesco dió en ir a la Horchatería de Candela de la calle de Alcalá.

En el grupo de Benavente todos literateaban más o menos, en el de Valle-Inclán, más abigarrado, figurábamos literatos, caricaturistas, cómicos, pintores y algún estudiante.

Nos reuníamos en la horchatería a las diez de la noche, y si las discusiones terminaban temprano, el grupo se echaba a la calle y paseaba hasta el agotamiento de fuerzas desde la calle del Caballero de Gracia hasta la plaza de Isabel II, pasando por la Puerta del Sol.

Alguna vez se alargaba el paseo a la plaza de Oriente o a la Cibeles; pero esto era rarísimo, porque el grupo sentía verdadera *fobia* por todos los países que se extienden más allá del Teatro Real o la iglesia de San José.

En aquella época, Valle-Inclán pensaba dedicarse al teatro, y cuando el grupo, haciendo un esfuerzo, llegaba a la plaza de Oriente o por Recoletos, alcanzaba las soledades de la Castellana, Valle-Inclán quería demostrarnos sus poderosas facultades para la declamación trágica.

Generalmente el trozo escogido era la imprecación de *Los Amantes de Teruel*.

Valle-Inclán se arrimaba a un árbol, ponía sus brazos a la espalda, y lanzando el furioso destello de sus gafas al cielo, prorrumpía en extentóreos rugidos:

¡Infames bandolerooos...!
¡Que me habéis a traición acometido!
¡Venid...! ¡Ensangrentad vuestros aceros!
¡La muerte ya... por compasión os pido...!

(c) Ministerio de Cultura 2006

presentó un personaje en la obra de Benavente titulada *La Comida de las Fieras*, y fué aplaudido.

Por entonces llegó a Madrid, procedente de París, Enrique Cornuty, poeta francés ultra desfalleciente; sus títulos y méritos eran haber asistido a Verlaine en sus últimos momentos y dedicarse a un género literario denominado por su autor *Naderías Dolorosas*.

Era Cornuty flaquísimo, con cara de tártaro y ojos semibizcos. Cubría su pequeña cabeza, de cabellos lacios, con un sombrero de color café con leche, deformado y grasiento. Andaba encorvado, con la mitad derecha del cuerpo avanzada sobre el izquierdo. A su paso lento, con ritmo de oleaje, los flecos de los pantalones deshilachados, las cintas sueltas de los calzoncillos y las correas de los borceguíes prestaban a su figura algo así como una peana movediza. Llevaba un enorme gabán colgado de los esquinados hombros, y los bolsillos desbordaban cuartillas, hojas impresas y libros descuadernados.

Mascaba algo constantemente. El bastón de palma, que concluyó por devorar, lo sustituyó con una llave, más refractaria a las dentelladas que el bastón.

Cornuty se parecía físicamente a Trozky, sin la energía que denotan las facciones del jefe bolchevique.

Un literato español, que conoció a Cornuty en París, le acogió en su casa de Madrid y se prestó a administrar los pocos francos que el padre de Cornuty le enviaba. Esta administración consistía en cambiar los francos en pesetas y las pesetas en bebidas alcohólicas que el literato español, dipsómano empedernido, ingería.

Además, este hidrófobo sujeto fué al Gobierno Civil a declarar que había llegado a Madrid el más audaz de los anarquistas, dinamitero como Ravachol, y que él, gloria de las letras patrias, le había llevado a su casa para vigilarle. En el Gobierno Civil señalaron un buen sueldo al literato.

Pero he aquí que la Empresa de la Comedia acepta la adaptación teatral de una novela traducida del francés por el literato polizonte, y de uno de los papeles se encarga Valle-Inclán.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

Las parejas amorosas refugiadas en los bancos más metidos en sombra, abandonando su idílico refugio, se levantaban y corrían despavoridas. Acudían los serenos y los guardias de orden público y se armaba el jaleo.

Unas veces todo terminaba bien; otras, conduciendo al gran trágico y a sus admiradores a la Prevención, llamada hoy Comisaría.

El policíaco empleado que tomaba la filiación a los detenidos se veía en un brete cuando llegaba el turno a don Ramón.

—¿Cómo se llama usted?

—Don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro—contestaba Valle desplegando sus nombres y apellidos en columna de honor.

—¿Profesión?

—Coronel-general de los ejércitos de Tierra Caliente.

—No existe ese grado en la milicia.

—¿Cómo que no?

—No, señor.

—¿Va usted a negarme mi grado?

—El grado mayor es el de capitán general.

—Pues yo soy coronel-general y no consiento que se me degrade en un documento público.

—Ponga usted militar retirado—decía alguno de los polizontes para terminar el conflicto.

Entonces, don Ramón protestaba airado y amenazaba con una reclamación diplomática que el señor embajador de los Países-Cálidos presentaría a España, y todos los honrados guardias de Orden Público serían declarados cesantes.

Una noche, en la Plaza de Oriente, Valle-Inclán hizo algo extraordinario, demostró lo grande que es su cultura literaria y lo enorme de su memoria. Fué dando la vuelta a la Plaza, y delante de cada estatua recitó trozos de romance, escenas de comedia, párrafos de Historia o anécdotas que se referían al rey o a la reina, que desde el pedestal parecía escuchar en postura elegantemente barroca.

Valle-Inclán ingresó en la compañía del Teatro de la Comedia, re-

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

En la primera representación, Valle manda a paseo a la Empresa y renuncia a los triunfos escénicos.

La obra se da varias veces, el pseudo-polizonte deja de vigilar al pseudo-dinamitero, en el Gobierno Civil se vuelven locos de terror y ponen dos auténticos policías tras los zancajos de Cornuty, que se desespera al verse perseguido día y noche.

Valle-Inclán vuelve a la Horchatería de Candela, trayéndonos a Cornuty, y acogemos en nuestro seno al francés.

'Jno de nuestros amigos se había enamorado locamente de una camarera de la horchatería y quería raptarla.

Nuestro amigo consultó el caso con don Ramón, y dos de los nuestros se ofrecieron para empujarle en su romántica empresa. Se tomaron los billetes del ferrocarril, se alquiló un coche y se esperó a la muchacha en la bocacalle cercana.

Nosotros aguardábamos las noticias con verdadera ansiedad. Pasaba el tiempo y los raptadores no venían. Por fin apareció Bargiela. Se rascaba la ceja con más furia que nunca.

—¡Nada! ¡Nada! La chica no ha aparecido. Ese se ha quedado allí esperando, siempre esperando.

—¿Pero ha ocurrido alguna confusión?—preguntamos.

—No lo sé...

A media noche se presenta el enamorado: la desesperación en el rostro, los saltones ojos, que nosotros comparábamos a los de la llama del Perú, llenos de furia y de lágrimas.

—¿Pero...?—pregunta don Ramón.

—¿Pero... qué?—decimos todos.

—¿Qué? ¿Qué? ¡Oh, Dios mío!—gime el enamorado—. ¿Qué? Que la infame hoy mismo, ahora mismo, mientras la esperábamos, se ha fugado con un francés...

Nuestro compañero llora su amargura sobre la barba de ébano de don Ramón, que reniega de la inconstancia horchateril y se siente capaz de emprenderla a trastazos con todas las que ostentan servilletas al hombro y presumen de llevar bandejas repletas de loza y de cristal

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

sobre tres dedos de la mano izquierda con gallarda apostura de canéfora.

Pero, ¡ay!, el eterno femenino es siempre vencedor, y hasta la del empingorotado moño, Isabel, la de los grandes ojos llenos de promesas; Juanita la Larga, digna del cincel de Fidias; Patro, la rubia, Patro, la de belleza escandinava; María, la de ligeras manos; Dolores, la del dulce meneo de caderas, aventan nuestra indignación.

Mientras escancian el café con gotas oyen los madrigales de don Ramón, verdes hasta el paroxismo, y sus manos, diestras en el manejo de cucharillas y de tazas, tiemblan, y la rubia y alcohólica mixtura denominada ron, que el encargado compone todas las mañanas detrás del mostrador, pasa a raudales de la botella a las copas, y las gargantas artístico-literarias la sorben con mayor delicia, puesto que es un suplemento gratuito.

En nuestra reunión ocurren cosas extraordinarias. Se descubre que uno de los contertulios posee condiciones pasmosas para empeñar objetos que el adusto prestamista rechaza. Valle-Inclán estimula al maravilloso pignorador. Un día es colocado en una casa de préstamos un dedo amputado conservado en alcohol; otro día una merluza. ¿El colmo sería empeñar un amigo? Pues bien: nuestro compañero consigue pignorarlo durante una hora.

Aquella época era ingrata para los *jóvenes titeratos*, frase de Cornuty; no se vendían libros y los periódicos pagaban mal a sus colaboradores. Valle-Inclán, como todos, se resentía por la crisis, pero aguantaba poniendo a mal tiempo buena cara.

Un editor de novelas por entregas le encargó que convirtiera en narración novelesca una obra estrenada con éxito, y Valle-Inclán satisfizo el deseo del editor, hinchando aquel perro melodramático de modo que diera muchas entregas.

El inventor de un específico para las enfermedades del estómago deseaba anunciarlo en verso, imitando a los fabricantes del Jabón de los Príncipes del Congo, y el poeta escogido por el inventor era don Ramón del Valle-Inclán.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

En la horchatería nos dedicamos a mover sabiamente el plectro, y de allí surgieron estas y otras semejantes estrofas:

En toda fiesta onomástica
os dije: «Comed, bebed,
atracaos, absorbed
la dosis de Harina Plástica».

Retorciendo la filástica
un cordelero enfermó,
pero al punto se curó.
¿Cómo? Con la Harina Plástica.

¿La pesadilla fantástica
os agobia en invernales
noches? ¡Los estomacales
jugos con la Harina Plástica
reconfortad, animales!

Creo que esta última poesía no fué admitida por el descubridor del específico, y ha permanecido inédita hasta ahora.

Un éxito literario permitió a Valle-Inclán abandonar a sus dos Mecenas.

* * *

Nuestra tertulia se trasladó entonces al Nuevo Café de Levante de la calle del Arenal.

Allí, Abelardo Corvino, excelente músico, tocaba el violín acompañado por un pianista estupendo. Creo que pocos intérpretes de Beethoven, de Mozart y de Haydn serán tan clásicos, tan respetuosos, tan justos como aquel pobre muchacho apellidado Enguita. Su recuerdo será querido mientras viva alguno de los que se sentaban en aquel tiempo en los viejos divanes del café.

El pianista quemó rápidamente su vida y alguna de las que iban a esperarle al café, parodiando al jorobado de Víctor Hugo, puesto en solfa por Verdi, puede que diga:

—*Le zolle coprano lievi quel capo amato.*

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

Valle-Inclán se distinguía entonces por su falta de oído musical; para él, exquisito armonizador de la palabra, lo mismo era el azulado sonido de la flauta que el cobre de los timbales; todo, ruido más o menos desagradable.

Así es que los primeros conciertos fueron para Valle-Inclán largas torturas, que resistía arrinconado en el ángulo donde habíamos hecho el nido. La cabeza caída sobre el pecho, la nariz metida entre las barbas y el sombrero tapándole los ojos, parecía un faquir durante el sueño extático. Otras veces alzaba el demacrado rostro para tomar por testigo de su suplicio a los arcos voltáicos que iluminaban el café colgados en el techo, y lanzaba profundos suspiros, que iban a perturbar la manta de humo de tabaco que flotaba sobre nosotros.

Nuestra reunión, con el tiempo, fué variando; al principio se compuso casi totalmente de literatos; después, la mayoría, eran pintores, escultores, dibujantes y grabadores, y las discusiones cambiaron también; si antes se habló de literatura luego las artes plásticas fueron nuestro tema.

La desaparición de los *snobs* literarios y artísticos, un tanto corrompidos por El Mercurio de Francia, hizo que se citaran menos entre nosotros a los literatos y artistas a la moda contemporánea y más a los antiguos.

En realidad, lo que constituía el nervio de nuestra reunión era la salvaje independencia de juicio de cada uno de nosotros. Por eso las discusiones se hacían interminables; duraban, a veces, días y días.

Agotado el tiempo, lanzábamos nuestros últimos argumentos al ponernos el gabán, al embozarnos en la capa, entre el estrépito de las sillas que los camareros colocaban encima de las mesas y el del choque de las cucharillas y de las tazas que lavaban sobre el mostrador. Nos despedíamos conservando nuestras líneas de ataque y defensa, y a la noche siguiente volvíamos a la carga, excitados por el tabaco, el café y los alaridos del violín, que ponía sus agudos *crescendos* sobre la tempestad de voces que brotaba de nuestro grupo.

Noche de fiesta cuando don Ramón nos leía su última obra.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

Don Ramón, en el centro, se quitaba los lentes, se inclinába sobre las cuartillas; todos nosotros escuchábamos en silencio, y de aquel círculo de cabezas atentas, de espaldas corcovadas, salía la palabra metálica del maestro relatando las fabulosas andanzas del Marqués de Bradomín o las hazañas de Cara de Plata, el segundón alegre y perdulario.

Nuestra reunión adquiría importancia cuando llegaban las Exposiciones de Bellas Artes; los divanes del café se llenaban con artistas de provincias; llegamos a tener corresponsales en Londres, en París, en Munich, en Basilea, en Roma.

En Madrid nos temían.

—Vaya usted a todas partes; pero jamás, jamás vaya usted al nuevo Café de Levante—dijo un ilustre profesor de Pintura a su diseípulo predilecto—. Allí se lleva a la juventud a dar contra una esquina.

Muchas veces Valle-Inclán ha dicho:

—El Café de Levante ha tenido más influencia en el Arte y la Literatura contemporánea que un par de Universidades y de Academias.

Si se estamparan aquí los nombres de los que se sentaron en nuestro rincón quizá los lectores de LA PLUMA dieran la razón a Valle-Inclán.

* * *

Un espectáculo de variedades que se inauguró en el Frontón Central nos hizo abandonar el café por una temporada.

Pictoribus atque poetis fuimos a admirar a la Mata-Hari, a la Fornarina, a la Imperio y a las hermanas Victoria y Anita Delgado, llamadas «Las Camelias».

Llegó la boda del Rey y entonces comenzó el prodigioso cuento que Teófilo Gauthier o don Ramón tan solos pudieran escribir, y que tuvo desenlace con el casamiento de Anita Delgado con el Maharaja de Kapurtala.

No me atrevo a indicar, ni sumariamente, la participación que nuestro grupo tuvo en el asunto. Tan sólo diré que una carta escrita por Valle-Inclán, traducida al francés por un distinguido pintor, que fué en-

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

viada con la firma de Anita, decidió al Nabab a llevársela a París y a hacerla Princesa.

El pintor que tradujo la carta acompañó hasta París a la hermosa bailarina malagueña, y Valle-Inclán antes de partir le dijo:

—A ver si consigue usted del Príncipe para mí una condecoración de Kapurtala con uso de uniforme.

Y durante unos meses estuvimos esperando ver entrar a Valle-Inclán en el café con turbante de muselina, caftan de cachemira teñido al batik y al flanco el corvo alfanje damasquino, como el que don Juan Nicasio Gallego hace rimar con asesino.

La reunión siguió en el mismo rincón del café años y años. Pasaron por allí nuevos literatos, nuevos pintores, nuevos amigos y nuevas modelos. Todo se renovaba menos don Ramón del Valle-Inclán, inconmovible en su puesto.

Llegó la Guerra Europea y con ella las inacabables discusiones.

Valle-Inclán, desde el principio, fué aliadófilo ferviente.

Entonces Valle militaba en el partido tradicionalista, y en ese partido, los únicos que estuvieron acordes con la tradición, fueron don Jaime y Valle-Inclán, el resto de los jaimistas se declaró francamente germanófilo. Veía el tradicionalismo español en el Káiser el triunfo de la autoridad y de la espada, y con la derrota del inglés y del francés veían derrotados también los principios liberales y democráticos; creían que el triunfo de Germania vengaba a España de las desdichas que atribuían a Francia y a Inglaterra, cuando probablemente nuestra patria ella solamente ha sido la causante de su desgracia.

Valle-Inclán tenía que ser aliadófilo como poeta, como artista y como católico.

Francia, aun ahora mismo, es la nación más católica del orbe, la que más hombres y más dinero gasta en la propaganda de la fe.

Valle-Inclán lo sabía, no así sus correligionarios del tradicionalismo.

Valle-Inclán se sentía más cerca de Chateuaubriand que de Goëthe, de Pascal que de Schopenhauer, de Barbey y de Gauthier que de Nietzsche.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

Cuando Italia se decidió a combatir al lado de Francia y de Inglaterra, la aliadofilia de Valle-Inclán se exacerbó más, y en su mente de poeta y de artista, Rafael, Leonardo, Bocaccio y el Ticiano combatían contra Alberto Durero, Holbein, Goëthe y Lucas Cranach.

El papado luchaba contra Lutero.

En nuestra reunión del café, la guerra europea no era un problema militar, sino lucha artística.

Aliadófilos y germanófilos esgrimíamos como mazas los sagrados nombres de los artistas.

Un distinguido literato francés contó la historia de nuestro grupo del café de Levante en una revista de París, y cuando una cosa pasa a ser motivo literario es que está muerta o que va a morir.

Efectivamente, el dueño del Café lo cerró y tuvimos que buscar nuevo refugio.

Valle-Inclán fué invitado por el Gobierno francés a visitar los campos de batalla, estuvo varios meses separado de nosotros, y como era la columna vertebral de nuestro grupo, éste se deshizo para siempre.

Ahora Valle-Inclán frecuenta otros cafés cuando viene a Madrid, y a su alrededor se reúnen literatos y artistas ávidos de escucharle.

Ya Publio Ovidio Nasson solicitó, hace cerca de dos mil años, la venia para comparar entre sí las cosas más lejanas, y yo, aprovechando el permiso, quiero decir que, así como en el extremo del acantilado en que anidan el petrel y la praellaria de largas alas, y las algas cubren con verde cabellera, insensible al teredo que le carcome los recios fundamentos, al embate del mar y al de los aquilones, está la ingente roca siempre erguida, así el poeta levanta su orgullosa cabeza. Los años la habrán encanecido; pero la eterna juventud la ilumina, y allí, donde él se encuentre, acudirán a beber los sedientos de arte y de belleza, porque su palabra es fuente siempre fresca, siempre nueva, siempre generosa, siempre mágica.

RICARDO BAROJA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

VALLE-INCLÁN, EN PARÍS

Yo he visto en la sala artesonada de un caserón hidalgo de Galiciá, un libro de juventud autorizado con el nombre de Valle-Inclán y datado en París. La palabra, esta palabra mágica: París, iba muy bien al final del libro. Pero don Ramón ha hecho a París su primer viaje cuando la gran guerra. Vivía entonces su admirador fervoroso el diputado francés Jacobo Chaumié que, años antes, había traducido en *Le Temps*, *Mi hermana Antonia*, y en el *Mercure*, *Romance de lobos*. Jacobo Chaumié, en quien ha perdido la literatura española un amigo exquisito y leal, pertenecía a una familia patricia de la República francesa. También vivía aún Chaumié, el padre, uno de los políticos de la República. Toda la familia, que conocía a Valle-Inclan por la admiración de Jacobo, deseaba conocerle en persona. Don Ramón se había llevado a Galicia, un verano, a su amigo, y le había prometido devolverle la visita. La curiosidad por acercarse a la guerra, le hizo no demorar más el devolvérsela.

Su primera noche en París, estábamos de sobremesa en casa de los Chaumié. La madre, con la cultura tan a punto de una dama francesa, hallábase preparada para recibir dignamente al huésped: acababa de leer *Romance de lobos*. Y estaba impresionada con esos lobos de cristianos, entregados a los siete pecados capitales.

—¿Son todavía así los hombres de su país?—le preguntó madame Chaumié a Valle-Inclán.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

—Señora —repuso Valle-Inclán con su gesto más noble—, el personaje principal era mi abuelo.

* * *

Al otro día nos paseamos por París. A don Ramón le sofocaba el follaje abundante de los muchos y copudos árboles parisienses. Lo que más le gustaba eran las perspectivas del Sena. Se detenía en los puentes y miraba como el capitán desde el puente de un barco. Allí respiraba con la vista.

Recuerdo que entramos en un «restaurant» del barrio Latino, en el «restaurant de los Médicis», enfrente del Luxemburgo; y cuando nos habíamos instalado, se acercó a nuestra mesa el «maître d'hôtel» haciendo reverencias, con su servilleta debajo del brazo, y dijo, presentándonos la lista de vinos:

—Monsieur del Valle-Inclán, el dueño de esta casa que ha honrado usted con su visita, se sentiría aún más honrado si usted le permitiera ofrecerle los vinos que más le agraden de su bodega.

Don Ramón se quedó harto sorprendido. Nos miró luego como si fuese una broma de los que íbamos con él. Pronto se convenció de que ese dueño de «restaurant» era, en efecto, algo Médicis y había visto en un periódico la fotografía del «grand ècrivain espagnol», a quien rendía los honores, frecuentes en París, a los valores literarios.

¿Cómo no iba a sorprenderse el Valle Inclán que en Madrid ha tenido que reñir batallas con los encargados de aquellas famosas cervecerías de literatos y camareras?

* * *

Don Ramón, en París, no hablaba más que en español. Para ir a las trincheras se vistió de carlista: llevaba capote y boina. Esto le hacía parecerse a los soldados alpinos; y, cierta vez, un soldado le confundió con el general Gouraud, que también es manco. Pero, no soy yo, es el mismo Valle-Inclán quien ha de contar, algún día, su epopeya. Hizo lo que a ningún civil extranjero ni francés le estaba permitido hacer. Su aspecto

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

militar, además de sus amistades, le facilitaba todo. Estaba más que imponente. Parecía hasta más completo: el nervio parecía músculo. Un día de marcha resbaló en un mal paso y el compañero de armas que le ayudó a levantarse contaba luego:

—¡Lo más extraño de este señor es que pesa menos que una pluma!

Yo le decía a Valle-Inclán:

—Es una lástima que sea verdad todo lo que está usted haciendo, porque a usted no se lo van a creer.

Llegó a prestar servicio. Voló sobre las líneas alemanas, y las malas lenguas insinúan que hasta lanzó bombas. Aquella noche estaba invitado a cenar en un Estado Mayor. Sin embargo, los aviadores, encantados con él, le retuvieron.

—¡Usted es de los nuestros!—le aclamaban.

Y don Ramón, magnífico, mandó un cortés recado al Estado Mayor excusándose de asistir a la cena por tener que acampar con los suyos.

* * *

Mauricio Barrés dió una comida en honor de Valle-Inclán. El intérprete fué Chaumié. Hablaron de Santiago de Compostela y de los peregrinos franceses que atravesaban las ciudades galas por la calle de Santiago. A la salida, don Ramón hizo los debidos elogios de Barrés.

—Y su persona, ¿qué impresión le ha hecho a usted?—hubo quien le preguntó.

—Parece un cuervo mojado—fué la respuesta de Valle-Inclán. Todavía hoy se repite en los ecos literarios de París.

* * *

La impresión que Valle-Inclán dejó en París a los que le trataron, la resumía muy bien el padre de Jacobo Chaumié, el anciano Sr. Chaumié, a quien por muchos motivos la política le había hecho conocer a los hombres. Y cuando, delante de él, se hablaba de don Ramón, nunca dejaba de argüir:

—He ahí uno que no es trivial.

CORPUS BARGA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

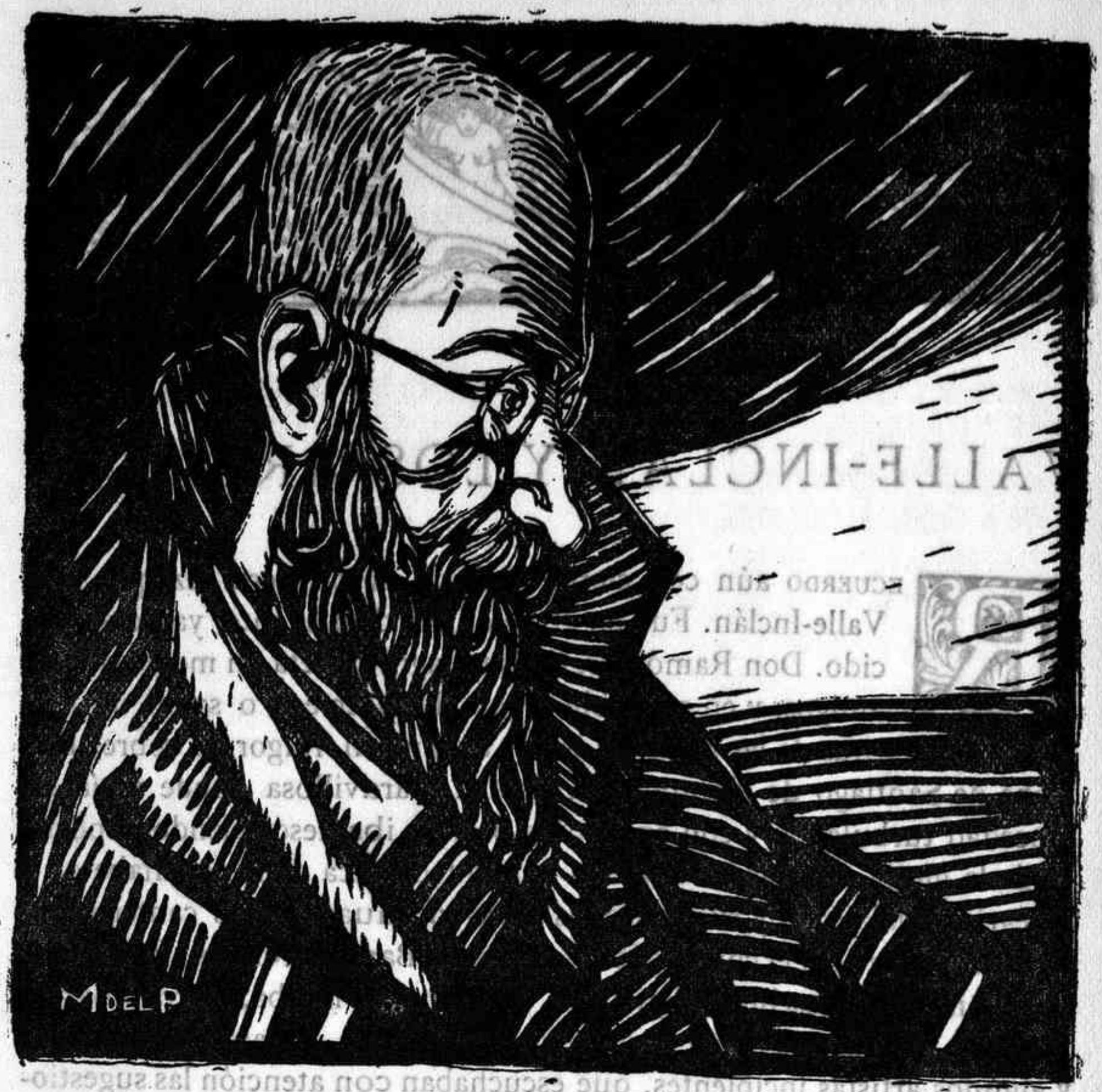
(c) Ministerio de Cultura 2006

VALLE-INCLÁN Y LOS ARTISTAS

RECUERDO aún con cierta emoción la primera vez que vi a Valle-Inclán. Fué en el viejo Café de Levante, ya desaparecido. Don Ramón erguía su magra silueta en medio de sus amigos; y en su noble cabeza de guerrero o santo de piedra, los ojos, tras de las gafas de carey, tenían un fulgor de cobre. Hablaba de Santiago de Compostela, ciudad maravillosa donde vivía su mocedad turbulenta, y con encendida palabra iba describiendo el pórtico de la gloria del maestro Mateos—suma teológica de los analfabetos y peregrinos galaicos—y evocando las obras ingenuas de los canteros picardos. En torno a él congregábanse Ricardo Baroja, Romero de Torres, Julio-Antonio, Anselmo Miguel, los hermanos Villalba, Corpus-Barga, Penagos, Mariano Miguel, Vighi, Vivanco, Arteta, Solana, Montenegro y algunos artistas incipientes, que escuchaban con atención las sugestiones artísticas de su palabra.

La influencia de las normas estéticas de Valle-Inclán en el arte español contemporáneo ha sido muy grande. Todos los artistas citados—entre los cuales muchos han alcanzado sólido y merecido prestigio—fueron influidos, en más o menos grado, por sus doctrinas, y las difundieron por medio de sus obras. Presidía, con él, este grupo, Ricardo Baroja, y los dos se complementaban como el cuerpo y el alma. Don Ramón era el espíritu; Baroja, la materia en su más noble acepción. Éste exaltaba a Velázquez, Ribera, Cervantes, Pasteur, Kant; aquél respondía con

(c) Ministerio de Cultura 2006



Rafael, el Greco, San Juan de la Cruz, Paracelso, resultando de estas inolvidables discusiones un perfecto equilibrio y una gran amenidad.

Valle-Inclán es un escritor esencialmente plástico. El alma de sus personajes se nos revela por la acción y por el gesto antes que la palabra sea dicha, y la emoción que sentimos al leer sus obras es más bien el producto de una visión pictórica que de un minucioso análisis psicológico. Existe siempre en sus libros una unión perfecta entre el paisaje y las figuras, que se destacan vigorosas, ya sobre fondos de un encanto in-

(c) Ministerio de Cultura 2006

genuo y detallista, como en los cuadros de Patinir, o se funden en una magnificencia clásica como en las pinturas murales de Ticiano y Veronés. De ahí su gran amor por la pintura, su finísima percepción y sensibilidad por el color, que le han hecho exaltarse tantas veces ante la tierna y aguda armonía, olorosa a lirios, de los verdes y morados del Tintoretto, y ante los cándidos azules, rasos y oros, de la anunciación del Beato Angélico.

También a las artes aplicadas llegó su influencia. Su gusto por lo plástico llevóle siempre a preocuparse por la belleza del mueble y la decoración del interior; a sus ideas sobre estas materias se debe en gran parte el renacimiento actual de las artes suntuarias en España que iniciaran los Villalba, extrayéndolo de nuestro renacimiento histórico...

Pero donde la influencia de Valle-Inclán ha sido más clara y definida es en las artes del libro. Todas las ediciones actuales que presentan interés artístico están derivadas de las de sus primeros libros: sobre todo, de *Voces de Gesta*, donde don Ramón puso lo mejor de su gran conocimiento de este arte.

He querido apuntar, si bien sea sucintamente, su influencia sobre los artistas contemporáneos, y creo que cuando en lo futuro la pintura, escultura y el arte aplicado que hoy se produce sean bien estudiados, la actuación de Valle-Inclán en este sentido cobrará un relieve extraordinario.

J. Moya del Pino.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

DECORACION

n verde y rosa, una floresta de jardines y surtidores. Los violines de la orquesta hacen papel de ruiseñores.

Cala la luna los follajes. Y alba el palacio real, que acrobático en los miraje del lago, da un salto mortal.

JORNADA PRIMERA. ESCENA PRIMERA

n manolo y una azafata conversan bajo los negrillos. Muere la tarde. Serenata de ranas y grillos.

Lucero del Alba

¡Con que esta la Señora Gobernanta
Mi comadre, tan guapa y repolluda!
¿Y hay novedades?

Mari-Morena

Para la semana,
Mediante Dios, saldremos de la duda.
Lucero del Alba

Pues que nos traiga un príncipe.

Mari-Morena

¡Así sea!

Facsímile de dos páginas del original de La Reina Castiza, de mano de Valle-Inclán.

(c) Ministerio de Cultura 2006

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

«Ce grand Ramón à la barbe de bouc», ainsi que l' appelait Rubén, a en effet, comme tant d' autres poètes, quelque chose de faunesque, en même temps assurément que de sacerdotal. C'est aussi à lui que Rubén envoyait ces roses d'un Versailles du dimanche où il errait, parmi une foule «municipale et épaise». Et il lui adressait ce souvenir comme à un rêve qui console dans la détresse. Ramón del Valle-Inclán exhale une poésie à laquelle le cœur ne saurait résister. Il possède un grand secret, et il sait combiner les charmes les plus puissants pour exercer sa magie.

Ramón del Valle-Inclán est d'un pays peuplé de songes, où les chars aux roues de bois plein passent au loin avec un bruit tel que toutes les terreurs sont permises aux vogageurs, aux bergers et aux enfants. Galicien, il appartient à un de ces groupes celtiques qui émergent à diverses pointes occidentales de l'Europe et qui, à divers moments de l'histoire, ont produit un harmonieux charmeur capable d'inquiéter les hommes et de leur rendre le goût du rêve.

Après deux siècles de raison, de géométrie, de constructions abstraites et d'intelligence, le celte René de Chateaubriand a su retrouver dans les voix du passé le grand trouble humain, l'appel des terres vierges, le besoin de créer des dieux. Ainsi après les jours lucides et monotones de l'hiver ou de l'été, tout-à-coup, le parfum et la température des demi-

(c) Ministerio de Cultura 2006

saisons produisent en nous une impérieuse nostalgie. Les personages de Valle-Inclán, qui sont des gens d'église, des nobles et des sorciers, c'est-à-dire des gens de tous les temps, parlent un langage qui se prolonge dans les époques anterieures et réveille d'étranges échos. Certaines paroles nous plongent dans le passé, surgissent à travers le silence comme du fond des contes de notre enfance, et nous semblent des formules rituelles de religions très anciennes dont le sens se serait obscurci. Des passions, comme les vapeurs d'une vieille terre sacrée, dirigent ces personnages et des charges traditionnelles pèsent sur leur destin.

Epris de gloire et d'héroïsme comme D'Annunzio, extravagant et fier comme Barbey d'Aurevilly, Ramón del Valle-Inclán, connétable des lettres espagnoles, est surtout un poète, un enchanteur, un connaisseur du mystère, un évocateur de tragédies perdues. Son marquis de Bradomin, «laid, catholique et sentimental», dans ses voyages à travers le temps et l'espace, a vu les âmes de ceux et de celles qui se mêlèrent à ses aventures comme on devine l'âme d'un portrait qui s'efface, et cette voix qui nous parvient est celle d'un ami que nous aurions connu dans un autre monde, parmi des ombres romantiques et des chimères.

JEAN CASSOU.

DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

DON Ramón del Valle-Inclán est peut-être, à mon avis du moins, le plus grand écrivain de l'Espagne contemporaine. C'est lui faire tort que de le présenter au public français comme une sorte de Barbey d'Aurevilly. Cette façon de fixer les idées est par trop sommaire. Ils sont tous deux catholiques, racés jusqu'à l'âme est très traditionnalistes. Mais là s'arrête l'analogie: elle n'est point profonde. Jamais Barbey n'aurait écrit *Romance de lobos* ni (dans un tout autre genre) cette étonante comédie de marionnettes, publiée justement par LA PLUMA et intitulée: *Los cuernos de don*

(c) Ministerio de Cultura 2006

Friolera. Il n'avait ni ce sens du passé, ni cet humour. Il aurait tout juste pu imaginer et peut-être manquer les Mémoires du Marquis de Bradomin. Il ne pouvait remonter plus loin que le XVIII[e] siècle. Tandis que don Ramón pénètre jusqu'au cœur du moyen-âge, et cela naturellement, sans effort; et c'est ce qui donne à son style cette native grandeur. Il y a en lui une pureté austère, une certaine rudesse, quelque chose de primordial, une *vertu* qui frappe—qui impose le respect. Il est seul de son espéce. Il est grand.

FRANCIS DE MIOMANDRE.

VALLE-INCLÁN Y EL 98

DON Ramón del Valle-Inclán es, tal vez, el único escritor de la generación del 98 que no ha escrito nada sobre «El Problema Nacional». Declarémoslo sin empacho: esa nave ausente asume una de las más firmes bellezas de la gran fábrica erigida por el gran constructor. ¡Con qué deleite no leemos esas blancas páginas! ¡Oh, aquel terrible nacionalismo a redropelo de aquellos demoledores del 98! Basta, basta. Necesito ser *real* como un europeo cualquiera. No me place, hipotético, sentirme perdido, egregiamente perdido en la irrealidad de una España demasiado planteada como problema. ¡El problema de España! ¡Qué cansancio, qué fastidio! ¿No es bastante vivir simple y fuertemente—sin más—esta tremenda y magnífica fatalidad de *ser* español? Arquitecto, frente al solar: ¿y la posible casa? Ingeniero, frente al río: ¿y el posible puente? «Ante España», «ante el porvenir de España», no. En España, en el presente más atareado de España. Pero ya Valle-Inclán, entonces, el único entonces, levantaba sus casas de prosa y tendía sus puentes de verso dentro de su ideal España perenne. Por lo que «escribió» y por lo que no escribió, vítor, vítor al poeta puro de la generación del 98.

JORGE GUILLÉN.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA PERSONALIDAD FANTASMAGÓRICA DE DON RAMÓN

SOBRE la personalidad literaria, sobre su misma historia personal, después de mi relato de las numerosas maneras que tuvo de perder su brazo, queda en don Ramón la personalidad fantasmagórica.

No puede ser verídica ni seguida y ordenada la descripción de esa personalidad, tiene que brotar de la pluma como los dictámenes de las echadoras de cartas.

Tengo que reclinar la cabeza sobre los brazos echados sobre la mesa, en ese oscuro cercado de uno mismo que forman así, para suponerme a don Ramón y recordar su personalidad fantasmagórica, esa personalidad que es la más difícil de encontrar y que en don Ramón es tan potente.

Tan fantasmagórico es, que en las tablas de las puertas del Renacimiento, entre ringorrangos, volutas, rúbricas y hojarascas, hay unas cabezas de su calaña, cuyas barbas desmadejadas son útiles a la estructura.

En una de esas puertas misteriosas, en caoba oscura del Renacimiento, he visto yo antes a don Ramón el fantasmagórico.

* * *

Don Ramón procede de Cronos, así como otros proceden de Dios. El viejo Cronos es el abuelo natural de don Ramón, que cuenta tam-

(c) Ministerio de Cultura 2006

bién entre sus antepasados al otro viejo Cronos de los ríos y al Cronos de las nieblas y al de los entresijos de los bosques tupidos.

Don Ramón vino al mundo con sus barbas de hilos claros, y de niño era el asombro de los demás niños con sus barbas luengas, que entonces, aunque después haya sido tan moreno, eran rubiales como las de la panocha.

Don Ramón tuvo una adolescencia fantástica, grave, de seminarista que va a ser patriarca de las Indias.

Sobre los libros cayeron sus barbas como raíces de los conceptos, como arraigo de la cabeza a la que subían las ideas por ahí.

Vió agonizar a muchos viejos que le dieron la mirada última, y tiró de las piernas a los muertos para que no se quedasen rígidos y sin el descanso que hay en tener las piernas estiradas.

Se extasió en la selva viendo raíces como serpientes, quietas unas sobre otras en cópula inmovil.

Bailó con las vaqueras del bosque en esos salones que cierran los arbustos y aclara una especial luz verde clara.

Tuvo un caballo prestado—se lo prestaba el boticario—; pero él, con su decisión y su fantasía, lo convirtió en el caballo de las leyendas, en el hipógrifo que echa fuego por las narices y lleva sobre sus lomos al caballero y a la raptada.

Acompañó a dar la extremaución a las aldeas que están sobre los picachos y en las que la muerte se reviste de más absurdidad.

Don Ramón tuvo el primer sombrero de copa a los diez y seis años. Era sombrero de copa muy alta, en el que iba toda la librería de sus ideas. Se paseaba por el atrio de la iglesia aldeana, imaginando lo que tal vez hiciese algún día, acariciando las empresas, esperando que escampase después de las lluvias que hay que aguantar primero en la vida.

Don Ramón tenía una gran habitación que daba a la parte fuera del pueblo, dedicándose a mirar la naturalidad del campo, su atroz monotonía que sólo el Arte puede amenizar.

Don Ramón olió día tras día las humedades de la casa gallega, y fué

(c) Ministerio de Cultura 2006

tomando todo él ese olor a maderas antiguas y a manzanas guardadas; en fin, ese húmedo sentido que guarda su estilo.

En la habitación torcida en que parecía que iba a naufragar don Ramón, flotante en el valle sobre aquel primer piso, recogió luces, al parecer inútiles, de las que después había de acordarse muchos años. En los inviernos, con las ventanas cerradas y el ruido de las máquinas de escribir de la lluvia sobre el zinc de las ventanas, creció la personalidad de sauce y reloj de arena, que es en el fondo la de don Ramón.

En la otra ventana, en la que no daba a la espalda del pueblo, sino a la calle estrecha y siempre lloviznada, en cuyo pavimento sonaban las barcas de las almadreñas, había un espión, un espión que recogía la silueta de todos los que pasaban, reflejándose, sin asomarse al balcón, en el pupitre interior de su memoria, detrás de todos los cristales que guardan del invierno.

En ese espión vió la humanidad implantada para la novela.

Después don Ramón salió de su tierra, la mitad en peregrino, la mitad en emigrante. Por eso tenía que ir muy lejos, tenía que tocar en tierras líricas ignoradas.

Vino a Madrid en la última diligencia y se atracó del paisaje de España para siempre. Tardó días enteros en transitar los «puertos», esos magníficos puertos secos que succionan al universo en su entraña y absorben aires extraños, lejanos, exóticos, corales y madréporas de luz, además de inmensas, rutilantes y claras estrellas diurnas.

Al cabo llegó a Madrid este gran señor literario, y se encontró con un Madrid lleno de aguadores. Vagó por las calles, y dió, como nadie, la representación de las cosas de aquel tiempo en los cafés y en las tertulias privadas. Dijo las primeras paradojas, que hasta llenaban de asombro a las columnas de los cafés y hacían abrir la boca a los rodilleros.

Ya entonces tenía don Ramón la aristocracia desdeñosa y agresiva que merece un pueblo tan plebeyo.

Hay que saber que don Ramón estuvo en las casas de huéspedes en que hay que escribir sobre las mesas de noche y en que hay que comer con los demás.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA PLUMA

Don Ramón tiene siempre la exaltación despreciativa que le quedó de aquellos días en que tuvo que yantar con los beocios peores, los que no tienen siquiera la grandeza rústica de los de las Posadas.

Don Ramón entonces salió en un barco de vela con rumbo desconocido. Se veía su baúl negro atado sobre el barco, y a don Ramón sentado junto al palo mayor, con sombrero de copa y envuelto en la capa del emigrante, en cuyo cuello, los broches eran dos conchas, para que se hermanase el emigrante con el peregrino.

Cuando entró en la bahía de Méjico se puso en pie y permaneció en pie con dignidad de visitante que sabe ponerse en pie cuando está a la vista del que le va a hospedar. ¡Gran caballero!

Don Ramón encontró en Méjico un Madrid más romántico aún que el Madrid de entonces, y que daba a unos campos de gran estilo. Alfonso Reyes, Orozco, Rivera, acababan de nacer, y por eso no pudieron hacer los honores al patriarca.

Todos los relojes de Méjico sonaron en sus oídos con timbre español—porque aunque parecen lo mismo las campanadas de unos y otros relojes, hablan lenguas distintas—, y le parecieron todos los relojes relojes de reloj de cuadro, relojes del puro estilo evocador.

Le recibió el ídolo en piedra jabaluna, y desengarfia en su honor los dientes poderosos de su boca desdentada, regalándole ese gesto de movilidad que no había hecho nunca.

Acarició las trenzas de una hermosa mujer, praviana ideal con pelo teñido en la tinta china de Dios, con el punto aún de la que Él derritió en el platillo para hacerla morena pura.

Volvió.—Su capa estaba agujereada, su sombrero de copa tenía en los bordes rozaduras de cuello de gabán, y sólo se trajo de allí un bastón, una bengala de una madera exquisita del país, como si fuese la vara mágica para conquistarlo todo al regreso.

Madrid le aguardaba lo mismo que le dejó. Al recordar las calles y las costumbres de aquel tiempo, se ve que se veía menos, aunque las cosas tenían el mismo aspecto. Había una opacidad en las calles que patina y va bien al recuerdo de aquel tiempo.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Valle-Inclán, fantasmagoría de Vlvanco.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Don Ramón pasaba por las calles ocultándose detrás de una anunciadora de los teatros. Yo creo que por arte misterioso de magia le seguía uno de esos biombos anunciadores, protegiendo su paso por las calles, disimulándole. Yo recuerdo haberle querido ver al pasar y haberme encontrado siempre al insistir con esa interposición de una cartelera.

Aquella fué la época de sus célebres desafíos; aquel que no quiso el contrincante concertar sino se cortaba don Ramón su melena, mitad de poeta mitad de gitano bravo, y don Ramón se lanzó al desafío con el pelo recogido de extraña manera.

Su desafío con revólver también fué célebre. Desechó esas pistolas de salón de los desafíos, y quiso desafiarse con el arma de fuego moderna, que era entonces el revólver, con su cilindro giratorio, que le convertía en algo así como en la pistola cinematográfica. Cada uno de los dos contrincantes tuvo derecho a descargar sus siete tiros, dando gusto al dedo y viendo variar de postura a la rueda fatal. Pero después de los catorce tiros los dos quedaron ilesos.

En aquella época sentía don Ramón el rizo de su melena sobre el cuello del gabán, y eso le daba una gran fuerza, un gran tesón, un empuje barbarisco. Abrigaba su personalidad aquella melena extraña, melena de gitano, melena de hombre que va hasta el fin.

Don Ramón acariciaba y pensaba el estilo. Se encerraba con el estilo en su cuarto y se estaba días enteros encerrado con él y recibiendo la comida por el montante de la puerta.

Fué el primer estilista que hubo en España que en vez de hacer su esposa a la retórica, la hizo su querida, y no su querida para pegarla y maltratarla—en eso quizás había tenido anteladores—, sino su querida para someterla a su espíritu y hacerla los mimos inolvidables.

Don Ramón, para pensar bien en sus cosas, pasaba la noche en las iglesias en que había adoración nocturna; y su espíritu así, se llenó de palpitantes y vivas lámparas votivas y de lamparilleros perpetuos.

Cada día tenía más maravillosas condiciones de fakir, y hasta conseguía fenómenos de levitación—las formas de sus ideales mujeres ascendían sobre el suelo—, y también conseguía que las semillas que

(c) Ministerio de Cultura 2006

águardaban, que estaban preparadas para después, germinasen espontáneamente, y con gran antelación.

En aquella esposa, que no sabía nada; en que nadie se imaginaba el porvenir y, por lo tanto, se veía el presente sin profundidad, todo plano y en estampa para niños o en grabado de *La Ilustración Española y Americana*, don Ramón paseó su melena como un rey merovingio del porvenir soviético.

En aquella épocá fué en la que se dedicó don Ramón a la alquimia misteriosa, no por encontrar la despreciable fórmula del oro, sino para encontrar la palabra creadora, la imagen en que más duradera pudiese ser la figuración. Es su época de Fausto. En sus ojos queda el fuego de sus manipulaciones y de sus hornillos, y llevaba a las tertulias ese brillo extraño. Fué su hora de leer en el gran Facistol los libros inmensos de los que cuelga úna larga cinta como señal, pues si se perdiese por donde se iba, se sería ya un extraviado eterno.

Don Ramón adquirió, después de eso, facultades más maravillosas, y pudo, por ejemplo, cambiar el estado de la luna y sus fases, y la luna, que era llena, se convertía en luna menguante, después de su conjuro. ¡Sólo un escritor, y un escritor fantasmagórico como don Ramón, es capaz de conseguir eso!

En ese momento don Ramón es un gran adivino y un «mefisto» de primera. Con su vara mágica hace aparecer cuadros, habitaciones, una mujer que sufre, un marino que vuelve, cosas, en fin, que no tienen que ver nada con la magia de salón, pero para las que estaba hecha su figura y dispuesto el poder de su cabeza.

Don Ramón consigue ya su consagración. Toda la civilización, los periódicos, las cosas, los descubrimientos, han actuado para que la gente le comprenda. Ya don Ramón cortó la vuelta de su melena, el plumaje en que se encoge el águila y se siente águila. Ya don Ramón se siente a gusto en la vida; tiene una esposa y una hija, y se sienta y reposa en el sofá de la victoria.

Cuando la barba vuelve a ser ya lino, lino puro, de nuevo el lino primitivo, vuelve don Ramón al agro donde están los Ramones antepasa-

(c) Ministerio de Cultura 2006

dos, y vuelve Valle al valle y el señor de Inclán al señorío: a la casona solariega, con refectorio y capilla bien tenidas y puestas.

Ya es cosa arbestre, más que arborescente, su barba y su guedeja y le gusta ser liana de los árboles viejos.

Todo el paisaje le vitorea y le dice cosas nuevas. Ve pasar por los caminos gentes a caballo, y se encuentra con los hidalgos de piedra y vozarras de viento de invierno.

Busca en los bosques de castaños y cruces clavadas en sus troncos, las veredas del miedo, y se le hunden los pies en la tierra por un fenómeno del pavor, que tanto ama con ser tan valiente.

Entra en las casas de piedra y en las casucas de aldea, y con el achaque del cansancio y la sed escucha lo que pasa en ellas. Sabe la historia del mendigo y la del indiano que casó con chica joven y fué muerto con el veneno que no se nota y que entra en la gallina en pepitoria.

Los atardeceres de los grandes paisajes imperan en su obra, y se le ve cómo en esa vuelta a casa aprieta un poco el paso.

Se ven en su obra las playas inmensas, en cuya arena sólo quedan las huellas de sus pies durante toda la baja mar.

Es don Ramón, en medio de esa gran naturaleza, el astrólogo de las flores, de los ecos, de los que pasan muy lejos y no se sabe si son fantasmas o son de una realidad aplastante.

Toda la emoción del paisaje de su juventud se une a la emoción de ahora, ya entrecano, y se dan un fuerte abrazo. De esa fuerte unión de las primeras imágenes, que no tuvieron audacia para expresarse, y las últimas, sosegadas y muy hechas, brota su última obra enzarzada, resaltante, forcejeadora, entusiasta.

La nostalgia habida durante siempre de este gran paisaje con hombres bíblicos—nada de fantasmas—que al pasar confiados bajo las ramas poderosas se quedaron colgados de ellas por los cabellos, ha sido el tercer ingrediente que ha entrado a hacer verdadera, saliente, veraz y lenguaraz su obra última.

Don Ramón es en medio de aquellos paisajes como un cenobita suelto, rebelde, que concita a todas las aves las tentaciones y los

(c) Ministerio de Cultura 2006

recuerdos a su alrededor y halla el sentido del paisaje como nadie.

Es en la tarde de ese paisaje el hombre más fantasmagórico que se conoce, el hombre que comprende la selva y que se presenta en el palacio más señorial de los contornos a pedir el predio que le pertenece, a ser el dueño como le corresponde del salón de las consultas, donde a ninguno de sus antepasados mejor que a él habrán ido a preguntar cosas y a someter litigios sus colonos; el salón de la geografía, cuyos tenápreos movidos por sus manos tendrán rotación de mundos manejados por el Creador y el salón de la biblioteca, todos cuyos libros serán entendidos por él como por ninguno de sus antepasados.

* * *

Don Ramón ha tenido cortada la cabeza, esa cabeza fantasmagórica y que parece injertar en la vida las volutas renacentistas.

¿Quién le cortó la cabeza a don Ramón? En un martirio del arte parece que fué, en una disputa sobre la liturgia, pero don Ramón fué de esos mártires que después se pusieron la cabeza que les habían cortado, consiguiendo así más tesoro sobre su garganta.

Su larga barba encubre la cicatriz, pero hablando con él de perfil yo le he visto la sotabarba llena de esas fieras rugosidades de las cicatrizaciones.

Ese mismo encono que tiene don Ramón en la cabeza, ese modo fiero y cercenador que tiene de encararse con todo, le quedó de su época de haber tenido cortada la cabeza, repitiendo desde entonces su rostro el gesto que tuvo cuando se encaró con las cosas en su hora de cercenación y desprendimiento, un gesto que no podrá imitar nadie, un gesto entre clarividente, colérico y pasmado.

Con este descubrimiento de que la cabeza de don Ramón ha estado cortada, se aclaran muchas de sus idiosincracias, su impasibilidad, su fiera independencia, su actitud de monarca degollado y repuesto, su estrella fría y consolidada en la frente.

Una cabeza que ha sido cortada y vive tiene un fanatismo por sus propias ideas que llega a ser tan hermosamente dogmático como el de

(c) Ministerio de Cultura 2006

don Ramón y que ya no cejará nunca por nada ni por nadie en sus orgullos y suposiciones.

Por eso tiene su cabeza esa colocación en forma de cuña, en forma de puñal clavado, en forma de cosa remetida con imperio, de estandarte encujado—no encajado—en la alta almena después de la reconquista.

La cabeza de don Ramón, siempre echada hacia atrás, como cabeza articulada de Santo de vestir, tiene un gesto resurreccionado y ve por eso con nitidez y fulgor todo lo que tiene algo de inmortal, todo lo que no va a ser efímero, todo lo que, como él, volverá a resucitar y persistir. Esa visión de lo permanente, de lo indecible, de lo esencial, que tiene don Ramón, depende de que sabe lo que va de lo pasajero a lo perdurable, de que conoce por experiencia ese límite, esa brusca transición, ese seguir encendido de lo que no ha de apagarse y ese estar ya apagado de lo que ha de apagarse aunque aún siga encendido.

La cabeza cercenada y rediviva tiene esas facultades de ver lo radiante, lo latente, lo constante, lo sostenible, lo indiviso, lo que es fenómeno de la unidad inveterada y sempiterna.

Esa experiencia que tiene la cabeza de don Ramón no admite competencia. Repetir esa trama de perder la cabeza y reanimarla sobre los mismos hombros es cosa peligrosísima y mortal para casi todos.

Por eso merece más respeto don Ramón y que ese respeto sea de una especie supersticiosa y salvaje. Compara la vida de todo con aquel instante o instantes en que tuvo su cabeza cortada y en que vió lo que murió y vió lo que no murió en el subitáneo espectáculo del mundo, durante su muerte, mientras su cabeza rodó como muerta, igual que el capitel de una columna cuando se desprende de ella para que el tiempo siempre los arme de nuevo.

Fijémonos bien en cómo está de recompuesto, de venido hacia atrás, de extrañamente colocada sobre el altivo don Ramón la cabeza quimérica, la cabeza resurrecta, la cabeza que no sólo evoca las tallas de los muebles del renacimiento, en que todos los adornos son barbas y guedejas del viejo y venerable genio central, sino que evoca esos colofones de los libros complicados en que los ringorrangos del pendolista o dibu-

(c) Ministerio de Cultura 2006

Valle-Inclán estuvo en Norte-América a fines del año 21. Un periódico neoyorquino aprovechó la ocasión para publicar el grabado precedente (Don Ramon at a table in front of the Café Regina), ilustrativo de un copioso artículo, del que sacamos este párrafo:

«... any afternoon in Madrid from 6 to 8:30, you can find Don Ramon at a table in front of the Café Regina, on the square in the busy centre of Madrid called the calle de Alcalá—where he holds court, as no literary court has been held since Goldsmith and Boswell gathered around our own Samuel Johnson. And the Spanish literary world gathers around him, the novelists and dramatists, the poets and editors, the «minor poets» and journalists, the paper sellers and the street beggars and the local Carmens. And here they excitedly discuss the affairs of nations, international literature, Neo-Platonism and the Inmaculate Conception. Verses are read aloud by the poets, to the noisy accompaniment of clanging street cars. Cigarette sellers thrust their wares in to interrup the excited discourse.

Don Ramon rises to his feet. His one hand nervously pulls at his scraggly beard. Flashes of wit dart like electricity. It is the «tertulia» (as the spaniards call it) of the spanish literati.» *(La traducción en la página 96.)*

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

jante, sin que precisen una cabeza, sin precisar una fisonomía, componen un ser imaginario, un apóstol teórico, un ser formado por las rúbricas, los arabescos y las volutas puras, el verdadero ente del estilo.

* * *

Este es el don Ramón fantasmagórico que yo pienso.

Ahora perdonadme que haya escrito tantas veces Ramón en mi trabajo; pero es que ya tengo la facilidad de escribir ese nombre, que se adquiere en el firmar mucho y dialogar mucho con uno mismo. Es un tocayo y un tocayo de nombre muy español que los franceses convierten en *jamón* y que ni una sola vez he dejado de acentuar.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL SECRETO DE VALLE-INCLÁN

IMAGINEMOS que el mundo se rehiciese sobre un módulo dado por Valle-Inclán. No conservaría el mundo su forma esférica. En las partes donde Valle-Inclán lo hiriese con el rayo de su fantasía, la rutilante corteza del globo, dilatándose como un flemón, tocaría en el confín de las estrellas; en otras, que Valle-Inclán desprecia u olvida, la envoltura terrestre, desinflada, se hundiría, plegándose en abismos negros. Mundo tan irregular como el nuestro lo fué hasta que advino, pocos siglos hace, a la perfección de la esfera: mares tenebrosos, inexplorados continentes, y en torno de las tierras civilizadas, el escita, el tártaro devastador. Valle-Inclán vería en imagen, dolorosa a fuerza de ser plástica, el friso ornamental de su vivienda, o el trazado y los colores del jardín; se inflamaría describiéndolos; el esplendor de la imagen brillaría en sus ojos, en su palabra, y encendido por el deseo de la hechura perfecta, vendría a resolver con ciencia propia los detalles más privados de cada oficio; el tejido, la talla, una pintura, la poda arquitectónica de su jardín, cualquier aplicación al ornamento de la vida, le absorberían en el goce de domar la rebelde materia, y de vaciarla en las formas acabadas que brotan en su imaginación; Valle-Inclán se olvidaría de su papel de reformador del mundo. Hombre que contempla a nuestro planeta desde una estrella, que trastrueca los continentes, perfora los itsmos que aún están cerrados, reenciende los volcanes fríos si la grandiosidad de un cuadro lo pide, enjuaga los senos del Pa-

(c) Ministerio de Cultura 2006

cífico con los caudales del Atlántico, transplanta las razas, sigue el curso de las religiones, en suma, gran Arquitecto del Universo imaginario, se abate a lo mejor sobre una presa minúscula, la apura, la atormenta y se atormenta, por encuadrarla en su tipo, por imprimir en lo real un acabamiento lógico. El mundo que Valle-Inclán hubiese de rehacer saldría navegando incompleto. Tropezaría con alguna ley inviolable. Daría volteretas en los espacios. Los pasajeros, amarrados por la cintura, se preguntarían el por qué de sus penalidades. Entonces surgiría el héroe: precipitándose al gobernalle, voces de mando, denuestos, razones, argucias, todo le parecería bueno para sofocar la resistencia ajena. En viéndose perdido, él mismo aniquilaría su mundo, haciéndole volar en mil pedazos; se hundiríá por su libérrima voluntad.

Valle-Inclán se solaza en ese mundo quimérico, del que sólo son emisarios amables sus criaturas poéticas. Es más amplio su espíritu que su arte. El arte concluye un poco de lo que en su espíritu flota, y nos deja ver la gala, el ornamento de algunas estancias, trabajadas con primor. Pero otras formas, indecisas; otros límites, vagos; un amontonamiento de materiales sin utilizar; modos insólitos, que penetrán como cuñas en el orbe de la gente llana, descubren la existencia de unas soledades fabulosas, de las que Valle procede, a las que va. Está en su reino, que apenas tiene con el nuestro un lado común, mucho más distante de lo que él cree. No iría a pedirle ensueños a la marihuana si el poder alucinatorio de su fantasía fuese menos pertinaz. De una nube quisiera saltar a otra nube; pero ningún beleño le hace soñar tanto como el ensueño en que vive. Fumando la pipa de kiff se aletargó; en la clarividencia ultraterrena del letargo ¿qué pudo contemplar? ¿Algún séptimo cielo? ¿Abismos luminosos?, ¿verdades inefables?, ¿la suma explicación de la vida? ¿Lo que valga la pena de filtrarse convertido en humo por los intersticios de la puerta del misterio? Valle-Inclán descubrió un retablo de maravilla: en una vasta pradera en declive, de un verdor chispeante, entre dos suaves colinas, un gran santo, un apóstol, un patriarca, sentado en su facistol, asistido de otras figuras menores; y a su espalda, cerramiento entre las dos colinas, una vidriera esplendorosa, de tan vivos y

(c) Ministerio de Cultura 2006

puros colores como si la luz fuese una canción. Valle-Inclán volvió de su trance rebosando placer; placer incompleto: echaba de menos algo; si el prado y las colinas, el santo y la vidriera no podían parecer mejor, el conjunto era una composición defectuosa, no estaba «bien resuelto». Cavilando en la dificultad, sin vencerla, resolvió adormecerse de nuevo, y absorbió la droga—me contaba—pensando ahincadamente en el prodigioso retablo: el prado, el santo, la vidriera, las colinas fueron descubriéndose, bellos como antes, y, ¡oh gozo! sobre el conjunto apareció, bordeando la vidriera, estribado en las colinas, el Arco del Señor. El Iris era el único remate posible en tanta majestad... Valle-Inclán, trasladado a la región pavorosa de la doble vista, había ensanchado a términos colosales la vidriera de una catedral. El narcótico, sin revelarle nada, le disminuye, porque le deja inerte y apaga su poderosa voluntad de extravío.

Valle-Inclán, el hombre más altanero del mundo, con nadie se confiesa, nunca declara su secreto sentir. Hombre más que violento, explosivo, siempre está sobre aviso, incluso cuando estalla; quisiera poder decir: sobre todo cuando estalla. Es tan prodigiosa su facultad de personificar, de formar criaturas exentas, que los defectos y las cualidades de su carácter se han convertido en otros tantos personajes, con físico, actitudes y hasta vocabulario diferentes. Hay un Valle-Inclán colérico y otro maldiciente; hay un Valle-Inclán arriscado, temerario, y otro piadoso y recoleto. Si por ciertos atisbos fidedignos, no se barruntara en Valle-Inclán la humanidad compasible y fatigada donde yacemos todos, pudiera creerse que no existe íntimamente, que sólo es una máquina de acuñar piezas para el público. Detrás de esos personajes se oculta un hombre indomable, que no solicita la simpatía ajena exhibiendo desnudo su corazón. Alguna vez, yendo a encontrarme con Valle-Inclán, me he preguntado a cuál hallaría, de los varios que existen. Rebozado en la capa, a paso largo remonta la calle de Alcalá: prestancia de caballero, cortesana desenvoltura, correspondientes a cierta manera de coloquios livianos, donde Valle-Inclán acostumbra tratar prolijamente de algunas superfluidades (de esgrima, de caza, de linajes), con la afectación frívola, la supe-

(c) Ministerio de Cultura 2006

rioridad negligente de quien no hallase para la vida mejor empleo. La figura de *l'honnête homme*, del cortesano cumplido, cuadra en el carácter de Valle-Inclán con la reserva, el frío comedimiento de su gran trato; Valle-Inclán sólo es confianzudo para sus bufones. Si el rebozo pende desmayado de sus hombros, y él va despacio, habría que llevarle al pórtico de una catedral, cuajarle de vieiras la esclavina de la capa, dejándole proferir jaculatorias dolorosísimas, emanadas de sus entrañas. Este es el Valle-Inclán, peregrino de Compostela, que nos cuenta el caso ejemplar de «una ilustre viuda de Maguncia», o el terror sagrado de una noche en el monte. En cuerpo, sin la envoltura prestigiosa de la capa, tan flaco, tan escueto como parece por la manquedad, se deja ver el poeta ascético, macerado por tantos rigores, y por las privaciones voluntarias. Valle-Inclán es el mayor enemigo de sus carnes. No duerme, pudiendo dormir; no come, teniendo qué. Diríase que el sufrimiento le exalta. Bajo tal especie, Valle-Inclán se acerca más al sér doliente que hemos entrevisto en su recatada intimidad.

Metido en un corro, bajo techado, en la mesa del café o en un casino, Valle-Inclán suele poner en primera línea al personaje literario. Las extrañas sugestiones de su apostura se pierden; la cabeza usurpa totalmente la función expresiva. Tan pronto es un pope como un guerrero; tan pronto un cabecilla montaraz como un nigromante. Una chispa maliciosa se enciende en sus pupilas al provocar, melífluamente, opiniones comprometedoras. Es el instante de hacer proyectos, de tirar planes, el instante de los acuerdos fáciles, el de aplazar las realidades. Valle-Inclán transforma la conversación en género literario, donde puede lucir sobre las cualidades que son ya conocidas por sus obras escritas, otras no poco brillantes y difíciles. En esas máquinas habladas vuelca sin atenerse a los cánones recibidos en los demás géneros, el archivo de sus observaciones y sus increíbles memorias, tratándolos con fantasía calenturienta. Ciertas personas—hay gente para todo—se muestran escandalizadas por esta inventiva de Valle-Inclán y deploran, como una tacha del poeta, que sus livianos decires no respondan a un concepto serio de la vida, no casen con las estadísticas o con los programas de

(c) Ministerio de Cultura 2006

gobierno o... con las sociedades por ácciones. Otros le escuchan atónitos, con señales de recelo, persuadidos de que Valle-Inclán está engañándoles. Y no falta quien, dándoselas de entendido, asienta con risas equívocas a las narraciones de Valle-Inclán, como si corroborase las invenciones de un bromista. Es que el verbo y la acción no se acoplan en el espíritu de Valle. Con la palabra crea un mundo que adquiere la plenitud del ser en cuanto lo formula, simplemente. Lo mismo da que Valle-Inclán recuerde o profetice: allí no hay antes ni después. Pedir que esas criaturas fantasmales advengan al orbe real, al terreno de la historia en que está la persona de Valle, o que el autor dé testimonio por sus personajes, tomando sobre sí la carga de representarlos, es absurdo, incluso cuando inventa, recuerda o vaticina en cabeza propia. Valle-Inclán otorga a la acción el menor espacio posible en su vida de hombre privado; en lo que hace, se advierte un resabio traído de las esferas imaginarias de su mando: propende a lo grandioso; más aún: suscita lo grandioso, generalmente irrealizable, como estratagema para eximirse de las tareas menudas que enfrían la imaginación. Y afronta el mundo necesario en que su persona vive, con tal ánimo, que de la necesidad hace virtud. Él se mece en el limbo de las libertades ilimitadas; si desciende al suelo de las realidades inexorables, ninguna le ha vencido, porque se adelanta a inventar y a proclamar por suyo lo que la fatalidad decreta e impone. Parece un juego y es todo el arte de vivir. Donde se acaban la resistencia a la necesidad y la gracia para convertirla en virtud, Valle empieza a ser un hombre como los demás. Pero esa coyuntura nunca se advierte; y advertida, lo mejor sería disimularlo, para no lastimar o violentar al poeta, que a fuer de tal, se sustrae a las normas ordinarias. Una noche hallé vacío su puesto en la tertulia; pero en el cristal de la mesa, las ramas curvas de sus gafas se apoyaban como las antenas de un bicho; don Ramón no andaría lejos. Un poco de ropa, apenas de bulto, tendida en un sofá, simulaba la silueta de un hombre. Sí; era Valle-Inclán; su cabeza de león reposaba sobre el brazo del sofá, en un cabo de aquella ropa. Al despertarse, la cabeza se irguió como si ascendiera sola por el aire llevándose abrochada al pes-

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuezo una chaqueta flácida; hechos los ojos ascua, alzando su mano abierta, clamó con voz tonante, al insertarse en la conversación: «¡¡Sí! ¡¡El poeta debe ser un hombre absurdo!!» Nunca habrá sido más fiel a sus ideas.

Hilvano con un rasgo común las variantes de su persona que Valle-Inclán ha pensado y estilizado, y obtengo un tipo complejo, quijotesco si fuese menos precavido, dominante si tuviese menos orgullo. El personaje a quien Valle-Inclán ha transmitido su nombre y su figura es un semidiós movido por el afán de la justicia absoluta. Sus odios, su crueldad verbal, su intransigencia, pueden invocar, en el origen, un motivo de interés público aceptable. Es un héroe desprovisto de misericordia, que ha tirado muchas piedras porque estaba libre de pecado. Se sitúa, naturalmente, en la extrema oposición. Es una picota de lo mediocre y de lo malo; un anticipo del juicio final para los chirles, los hipócritas, los vividores; es un hurón que vocifera sus despegos. Pero esa justicia, que ama tanto, no la aprende en otros, ni menos la recibe de una ley exterior. Valle-Inclán es el hombre de la ley propia, que desprecia la jerarquía social y legal *porque está corrompida*. Vagando por tierras toledanas, entró con unos amigos en la posada de Olías del Rey. Sobrevino un posadero, a quien, por ciertos dimes y diretes, amenazó con unos palos:

«—¿Palos a mí? ¿De qué manera?

—¡Así!—y le dí unos cuantos estacazos.

—¡Dios mío!—clamó la posadera—. ¡Dios mío! ¡¡Pegar al alcalde!!»

El acento bufonesco con que remeda el grito de la posadera lleva todavía una segunda intención, enteramente añadida por Valle: subrayar su señorial despotismo, la turbulencia con que arrolla al representante de la ley. «¿Alcalditos a mí? ¿Y a tales horas?», podría exclamar. No soporta alcaldes ni alcaldadas, llámense como quiera. De grado respeta el capricho ajeno; pero necesitaría ir en la vida por una vereda muy ancha para sentirse holgado. En qué partes entran a formar su ley propia la herencia, unas siluetas históricas, arquetipos poéticos y un mesianismo vago, que suele andar por aquellos rincones mal conocidos de su uni-

(c) Ministerio de Cultura 2006

verso, es menos importante que nombrar sus dos fundamentos: la independencia personal y el pundonor. No obligarse a doblar la cabeza ante nadie, sostener la fama y el crédito, a todo evento: tales son, a mi parecer, las causas de muchas abstenciones y de algunas intromisiones de Valle, a costa de su bienestar y su comodidad, en tiempos; arriesgando locamente la vida, las raras veces que de ello ha sido caso.

Como todos los imaginativos, Valle-Inclán se cree un gran general. Contemplando el tráfago de los ejércitos, no sacia únicamente un goce estético. Le place una guerra movida, brillante, una guerra a lo Van der Meulen, con reencuentros de caballería, emboscadas y pistoletazos; o una guerra novelesca, como la carlista, en que la inspiración personal halla tantas ocasiones de lucimiento; o un aparato bélico teatral: Valle-Inclán, arrojando el bastón de mariscal al otro lado del Rin, ¡qué magnífico envite! Pero en la guerra pensaría encontrar un acuerdo entre su capacidad de inventar y la acción, que hoy no marchan juntas; entre la vastedad de su ánimo sin límites y los objetos a su alcance. La guerra, además, es la gran suscitadora y aprovechadora del pundonor. Valle-Inclán, animado de un pundonor fabuloso, habla de la guerra como del teatro natural de sus hazañas. Esto es quijotismo. Acometerá una acción sublime o correrá un paso ridículo, según el color del momento, sin cambiar el impulso. Tropieza con una guerra de verdad, y se extasía en el peligro; pero también puede perecer en tonto.

De madrugada, Valle-Inclán y otros amigos iban por la carretera de Carabanchel a presenciar un fusilamiento. Vieron venir un tropel de ganado: el encierro de bueyes y vacas que subía al matadero. Los amigos se apartaron todos, menos Valle-Inclán. Gritábanle los vaqueros: «¡Apártese! ¡Apártese!». Y se negó *a obedecer*. Pasaron los de a caballo; llegaron las reses, y él se estuvo tieso en la carretera, sintiéndolas trotar a sus costados. Tuvo, sobre Don Quijote, la fortuna de que no le molieran a coces.

Este es el tipo exaltado, impresionante que Valle-Inclán alimenta con sus más robustas energías; acaso sea el Valle-Inclán de la historia, o de la leyenda. Es probable que Valle-Inclán esté destinado a soportar

(c) Ministerio de Cultura 2006

una desfiguración popular, grosera, y que dure en la memoria del vulgo como un carácter terrible, agrio. ¿No padece Quevedo una reputación de procaz deslenguado? Pero al hombre dulce e infantil, huidizo y modesto, al cultivador galaico que vive secretamente aherrojado por el personaje fabuloso de Valle-Inclán, un destino casi sobrehumano le pesaría.

MANUEL AZAÑA.

BIBLIOTECA MADRID

(c) Ministerio de Cultura 2006

MÁS COSAS DE DON RAMÓN

Conocí a don Ramón hace catorce o quince años en su casa, adonde me llevó un poeta, de cuyo nombre no quiero acordarme. Recién casado con Josefina Blanco, actriz rarísima en la escena española por su inteligencia y sensibilidad, vivía en un principal espacioso y burgués, a la entrada de la calle o paseo de Santa Engracia. Rapada la melena romántica, con que hasta poco antes había desafiado la curiosidad madrileña, sustituídos los quevedos por unas simples gafas, más cuidado y pulcro en su atuendo que hasta entonces, la figura de don Ramón permanecía inconfundible. «Enmedio del camino de la vida», cobraba esa prestancia natural de algunos retratos del Tintoretto.

Pronto me ganó la afabilidad de su trato, que cierta fama, debida a tal cual desplante quijotesco de sus buenos tiempos juveniles, supone difícil. No es, en verdad, hombre dado a disimular sus sentimientos. Pero lo valiente en él no quita a lo cortés, y todavía no le he visto nunca airado sin razón ni motivo. He podido comprobar varias veces, en cambio, la finura espiritual, exenta de ademanes superfluos, con que distingue a los amigos, que lo somos de la verdad al serlo suyos.

Una de las primeras veces que le visité con mi inseparable compañero de carrera, hasta que prematuramente acabó la suya en esta vida, Fernando Fortún, nos recibió Valle-Inclán en el comedor de su casa, donde al pie de una estufa al rojo vivo, yacía desnudo un bebé de pocos días, pues que la madre estaba convaleciente aún. Don Ramón contemplaba a su hija forzando la curiosidad por disimular sin duda todo sentimentalismo paternal. La niña, que desde su

(c) Ministerio de Cultura 2006

primera infancia se mostró en hechos y dichos heredera de la viveza de ingenio de sus padres, correspondíale con una mirada, sorprendente por lo segura en criatura tan tierna.

Nos habían hecho pasar al comedor, como habitación más confortable que la salita de entrada donde acostumbraba recibir los visitantes de cumplido, no porque estuviera comiendo. Don Ramón no comía; ayunaba por prescripción facultativa, como había hasta entonces ayunado muchas veces por no tener qué comer. Hasta hace muy poco no le he oído alardear ante un sangrante solomillo de café, de la virtud del ayuno, practicada por él en los años de bohemia descarada, en holocausto a la fe literaria en su propia obra. Cuando lo practicaba no lo decía. Es más, si no se salpicaba las barbas de migajas los días que no lo probaba, interrumpía la compaña de sus camaradas para engañar el tiempo de la cena. La hora del almuerzo la pasaba en la cama.

Para poderle aliviar, ya que convidarle hubiera sido imposible o contraproducente, que tanto valía comprometerle a corresponder, exageraban sus amigos la afición a una buñolería pintoresca, donde por poquísimo dinero satisfacía don Ramón con un café sus escasas necesidades. Cuando yo le conocí, repito, ayunaba; pero ya sin apremio, y cuando no se lo rechazaba el estómago ingería sus buenos vasos de leche, que, solícita, le tenía preparados su mujer.

Estaba en trance de publicar *Romance de lobos*, que iba viendo la luz, según la escribía, en folletones de *El Mundo*, diario nuevo aquel año. Más de una vez nos leyó a Fortún y a mí la comedia bárbara a medida que las escenas se sucedían inspiradas. Quien no haya oído leer a Valle-Inclán sus propias obras no es fácil que entienda toda la significación que don Ramón atribuye a las palabras, consideradas en sus elementos sonoros. No, no es escritor que se enjuague con el estilo, alambicándolo de un modo *precioso*. Pero el acento no es en su prosa impreciso o inapreciable. Es algo consustancial. Todavía recuerdo la impresión que un simple inciso en una de las acotaciones de *Romance de lobos*, me produjo en su primera lectura: «la llamaban por mal nombre la Rebola», dice el texto acabando de pintar un tipo. A contadísimos actores, entre los más grandes, juzgo capaces de expresar, como don Ramón aquella tarde, el misterio trágico-grotesco del estrafalario personaje con tan pocas palabras descrito.

—¡Ah!, pues si la hubiera usted visto...—decíame no ha mucho don Ramón recordándole yo mi impresión por tal lectura, y aludiendo él al original de tan vivísima copia.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Yo no conocí, claro está, a la verdadera Rebola; pero no puedo por menos de asociarla al recuerdo de *la Criso*, criada a la sazón de Valle, atormentada por espíritus que le acompañaban como una sombra, ya en la cocina, ya en las andanzas de su ministerio por la casa toda.

La Criso, diminutivo de Crisógona, su nombre de pila, que don Ramón entonaba heroicamente para encomendarle cualquier servicio sin importancia, era una criada sin par, más que persona viva, trasunto de la imaginación de su amo. Un amo de tan fuerte personalidad forzoso es que imprima al ambiente en que se mueve cierto encanto novelesco. Es verdad que don Ramón empezaba por introducir al que por primera vez iba a su casa en una habitación cuyo único balcón a la calle aparecía condenado en su parte baja por un pequeño escritorio, y sustituído en su parte alta por un montante clavado imitando una vidriera de catedral. Luego, el menor accidente prestaba a la *decoración* la rareza de un mundo anacrónico. Así, cierto día que se fundió el alumbrado eléctrico y hubo de acudir Criso con un quinqué, cuya sombra incierta vagaba junto con la del espíritu—no sé si tutelar o burlón—que siempre le acompañaba, el prestigio de lo misterioso, caro a don Ramón, cobraba insospechada realidad.

Pasábase en la cama días enteros, los más fructíferos de su trabajo—y aun ahora, cuando escribe, suele hacerlo entre sábanas, no más que incorporado en el lecho, recostándose sobre las almohadas—. Leyéndome en otra ocasión uno de los últimos pasajes de *Romance de lobos*, detúvose uu punto, sacó la cabeza, inclinóse a una jofaina que al lado de la cama tenía, y con menos esfuerzo que el catarroso se alivia de una flema molesta, vomitó una bocanada de sangre tal que quedé espantado. Antes se recobró él que yo del susto, y como si nada sucediera siguió leyendo con el mismo graciosísimo énfasis.

Creo que aquella misma tarde fué cuando, a propósito de la desorientación de sus críticos al atribuirle determinadas filiaciones literarias, me dijo:

—No saben nada; no se enteran de nada. ¡Vaya! ¿A que no sabe usted el ejemplo que tuve presente al escribir las *Sonatas*?

Don Ramón hizo, según acostumbra en casos tales, una pausa, a que pudo quizá servir de pretexto la rápida rebusca de un pañuelo perdido bajo la almohada o entre el embozo de la sábana. Yo, entre tanto, callaba respetuoso, sin acertar a figurarme la influencia que don Ramón se disponía a confesar, seguro por lo demás de que mi empeño hubiera sido vano, dada su agilidad para reaccionar siempre de una manera inesperada y sorprendente.

Alzó la cabeza de nuevo, se me quedó mirando, y dirigiendo luego la vista

(c) Ministerio de Cultura 2006

a las cuartillas que yacían sobre la cama, añadió mesándose las barbas con lenta fruición:

—Pues tuve presente las *Doloras* de Campoamor.

. . . . . .

Don Ramón ha sido siempre hombre de pocas lecturas. Su rápido instinto de comprensión, su aguda sensibilidad, le han ahorrado mucho tiempo para enterarse. Meses enteros he visto en su escritorio un ejemplar de *I Laudi*, de D'Annunzio, con la señal en la misma página. Conoce vagamente el italiano y no muy bien el francés. Es sorprendente la justeza, desde su punto de vista personalísimo, con que juzga a Anatole France, al autor de *La figlia di Jorio*, de la *Francesca*, de *La Fiaccola sotto il moggio*, a Ibsen, a Tolstoi, con un criterio opuesto las más de las veces al sentir general, a la opinión a la moda. Tolstoi le entusiasma, D'Annunzio le seduce, France le gusta poco, a Ibsen casi le detesta. Se explica, sin embargo, su admiración por Bernard Shaw, de que conoce poquísimas obras, por el humorismo genial del gran inglés, de que es incapaz su gran ascendiente noruego.

De la literatura española le atrae el *movimiento* dramático del teatro clásico más que los moldes poéticos del diálogo tradicional. Pero sus preferencias van a los cronistas y más que en los antiguos se complace en los de Indias. De sus contemporáneos admira sin reservas, con apasionado fervor, a Rubén Darío, de quien recita de memoria la obra entera con emoción y gracia rítmica inefables. Recuerdo la imperturbabilidad, tan característica suya, con que yendo un día conmigo calle de Alcalá abajo, al dar la vuelta por la del Barquillo, según caminábamos despacio por medio del arroyo, recitando él con grave pausa el célebre soneto:

«¿Eva era rubia?, no; con negros ojos
vió la manzana del jardín, con labios
rojos probó su miel..., etc.»

como acertara a alcanzarnos un tranvía que con insistentes llamadas nos avisaba que nos apartásemos, volvióse don Ramón iracundo, y con tal denuedo exclamó dirigiéndose al conductor:

—¡No me da la gana, ea!

que, amedrentado y confuso, el hombre se avino sin más a seguir nuestro paso tardo, en tanto don Ramón, ajeno a todo cuanto no fuera el soneto que iba recitando, continuó hasta terminar;

«... que hace temblar a Pan bajo las viñas.»

(c) Ministerio de Cultura 2006

cediendo al cabo, no a los requerimientos del tranviario, sino a la suave insinuación con que procuré llevarle a la acera.

Aparte Rubén Darío, le he oído encomiar las grandes cualidades dramáticas de Pérez Galdós:

—Aquella *Alma y vida*... ¡Ya estaba bien, caramba, ya estaba bien!

De *El abuelo* prefería la versión primera a la reducción escénica. *Sor Simona* también es muy de su gusto.

—¡Pero esos cómicos son tan bárbaros, tan bárbaros!

. . . . . .

Uno de los capítulos más interesantes de la biografía de Valle-Inclán es su afición al teatro y sus andanzas por los escenarios. Paladín de la protesta contra Echegaray con ocasión del homenaje nacional en celebración del Premio Nobel, siempre que viene a pelo tiene en la memoria algún trozo ridículo de *La peste de Otranto*, de *La esposa del vengador* o de *El gran galeoto* con que corroborar su mala opinión de don José, como entonces se le llamaba en los saloncillos.

—Benavente ha podido hacer algo... pero no quiere... Benavente, que pudo ser algo a la manera de un *Chéspir* (don Ramón españoliza bravamente los grandes nombres) satírico, y hacer comedias en que hubiera tras una escena de señoritos en la cuadra otra de criados en el salón, se ha entregado a la Pino, a *Lara*, al abono de la Guerrero...

Conocidos y celebrados son sus desplantes con cómicos y empresarios. Admirador de María Guerrero, cuyas facultades considera malogradas por el pésimo gusto en que se ha educado y vivido, llegó a estrenar en el teatro de la Princesa dos de sus obras. Como a los pocos días de representarse por primera vez *La marquesa Rosalinda*, fingieran en su presencia cierto desacuerdo la Guerrero y Díaz de Mendoza, respecto a la acogida que pudiera tener la obra el sábado de abono *blanco*, y a la conveniencia de suprimir o no determinados pasajes, don Ramón, conociendo la añagaza, se adelantó a decir:

—Estaba yo pensando, sin saber a qué atribuirlo, lo bien que se está en Madrid los sábados por la noche. Es observación que vengo haciendo al salir de la tertulia de Levante con los amigos y andar tan a gusto a esas horas por la calle. Ahora he caído en la cuenta: todos los imbéciles están abonados a la Princesa. Pero el sábado que viene voy a interrumpir mi costumbre de no salir a escena, para decirle al abono cuántas son dos y dos, ea; ya estoy cansado de oir insensateces.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Llegó, en efecto, el temido sábado, y contra lo que sospechaba el director del teatro, se aplaudió la escena cuya suerte juzgaba comprometida.

—¿Y ahora?—parece que exclamó triunfante doña María Guerrero al volver, concluída su parte, al saloncillo, encarándose con su marido, que seguía representando el papel de ingenuo, y con el propio Valle, que sonreía cínico, mesándose la barba—. ¿Y ahora, qué me dicen ustedes del abono? ¡Han aplaudido la escena que siempre había pasado en silencio, incluso el día del estreno con los intelectuales amigos de don Ramón!

—Como que han reforzado ustedes la *claque*—respondió don Ramón inmutable.

Valle-Inclán, curioso de toda experiencia, quiere ver surgir al renovador fundamental de los cánones subvertidos por la generación del 98, triunfante con él, con Baroja, con Azorín, con Unamuno. Toda tentativa juvenil le interesa y esperanza.

—Habría que hacer algo... Es preciso cambiar los conceptos, habría que hacer algo en un modo popular y con un sentido eterno de la actualidad.

La forma teatral de sus últimas obras, culminante en el género de *esperpentos*—como le place titular a *La reina castiza*, *Luces de bohemia*, *Los cuernos de don Friolera*, inéditas en volumen las dos últimas, y que el curioso ha de buscar aún en las colecciones del semanario *España* y de La Pluma—responde a la necesidad de renovación qne le acucia a producirse sin contaminación con los medios de demanda y oferta que acostumbran editores, empresarios y proveedores de baja estofa literaria.

—El teatro es lo que está peor en España. Ya se podían hacer cosas, ya. Pero hay que empezar por fusilar a los Quintero. Hay que hacer un teatro de muñecos. Yo escribo ahora siempre pensando en la posibilidad de una representación en que la emoción se dé por la visión plástica. El tono no lo da nunca la palabra, lo da el color.

Don Ramón no entiende la música:

—Sin embargo, una vez, hace ya de esto algunos años, una noche en Levante, donde tocaban siempre música clásica, empezó la orquesta una cosa que yo que no tengo oído para la música dije: ¿Pero esto qué es? ¡Esto es muy malo! Preguntamos después y nos dijeron que era la *Fantasía morisca*. Chapí se había muerto aquel día. Yo no entiendo nada, pero había allí un modo tan vulgar y tan ramplón de acordar los sonidos...

(c) Ministerio de Cultura 2006

Vano empeño sería pretender reflejar en unas cuantas cuartillas al vuelo la agudeza de don Ramón, las sugestiones que continuamente despierta en la conversación corriente, la naturalidad de su *pose*.

Del retrato de Anselmo Miguel Nieto, varias veces reproducido en periódicos y revistas gráficas, inspirado en la devoción de Valle al Tiziano, a los Echevarrías de ahora, pintura fiel de la teatralidad cotidiana de don Ramón, transcurren precisamente los años de madurez y lozanía en que se halla. Dolíase no ha mucho Luis Araquistain de la pérdida que significa para la literatura española contemporánea la falta de un constante anotador de los hechos y dichos de don Ramón del Valle-Inclán. Es verdad. Prometo, en lo que pueda caberme de esa responsabilidad, la enmienda. Valgan estas cuartillas por la intención de señalar no más la vena inagotable de una historia fidedigna de la vida literaria de nuestro tiempo.

En ella cabrá cuanto el espacio y la memoria nos niegan ahora. Ni apuntar siquiera hemos podido algunos aspectos interesantísimos de la persona de don Ramón: el *dilettante* de ocultismo, el fumador de cáñamo índico, el político, su *ars amandi*, en fin, merecen la atención prolija que me propongo consagrarle en las temporadas que aún nos es dado a sus amigos madrileños disfrutar de su compañía, cuando para preparar la impresión de un libro nuevo, viene del casal gallego, donde, con su mujer y sus cuatro hijos, vive ahora lo más del año en las tierras de un antiguo señorío de su familia.

C. R. C.

(«... todas las tardes, de seis a ocho y media, puede verse a don Ramón en una mesa ante el café Regina, en la encrucijada de ese bullicioso centro de Madrid, llamado la calle de Alcalá--donde tiene su corte literaria, como no ha habido otra desde que Goldsmith y Boswel se reunían en torno de nuestro Samuel Johnson. El mundo literario español se reúne en torno suyo: novelistas y dramaturgos, poetas y editores, «poetas menores» y periodistas, vendedores de periódicos, mendigos callejeros y las Cármenes de la localidad. Muy excitados, discuten allí los negocios de Estado, la literatura internacional, el Neo-Platonismo y la Inmaculada Concepción. Los poetas recitan versos en alta voz, con el ruidoso acompañamiento del estrépito callejero. Los vendedores de cigarrillos interrumpen los acalorados discursos con la oferta de su mercancía.

Don Ramón se pone en pie. Con su única mano se peina las barbas desmalazadas. Como chispas eléctricas brilla el ingenio. Tal es la «tertulia», como ellos la llaman, de los literatos españoles.»)

(c) Ministerio de Cultura 2006